# Extraña Luna de Miel

C. Pérez de Tudela



# Índice


1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17
18. Capítulo 18
19. Capítulo 19
20. Capítulo 20
21. Capítulo 21
22. Capítulo 22
23. Capítulo 23
24. Capítulo 24
25. Capítulo 25
26. Capítulo 26
27. Capítulo 27
28. Capítulo 28
29. Capítulo 29
30. Epílogo

# Capítulo 1

El ambiente de la estancia es absurdamente sofocante y estoy sudando lo mismo que sudaría en una clase de spinning. O sea: me estoy deshidratando por culpa de este horroroso vestido de dama de honor.

Con la paciencia en modo “se me acaba de romper por dentro”, rebusco en el bolso la pitillera y me hago una pregunta digna de catequesis exprés:

«¿Se enfadará Dios si me fumo un cigarrillo aquí?».

Mi sentido común está a punto de responder cuando tropieza con la petaca. Antes incluso de plantearme si el Señor también fiscaliza el whisky, le doy un sorbo.

«¡Mala idea, Andy! Muy, pero que muy mala idea… bonita».

Me acerco al espejo de cuerpo entero del otro extremo de la habitación y me observo sin cariño, que es como me observo yo cuando llevo tul y rencor.

Conclusión inmediata:

«Este vestido fue diseñado para que la novia parezca muchísimo más guapa».

Creedme: es completamente horroroso. Vergüenza me daría si la tuviera paseando por la iglesia con él puesto.

Aun así, ya que estamos, me echo un último vistazo y decido que para los treinta y nueve más uno que tengo no estoy nada mal. Y para el fiestón que anoche nos pegamos, mi aspecto es más que aceptable. Verme así de divina me hace reír.

«¡Broderick, tú te lo pierdes!».

Me acuerdo de la ruptura vía WhatsApp y le doy un segundo sorbo a la petaca. Sin ánimo de ofender al Señor, por supuesto.

En ese momento se abre la puerta y entra Julie, la futura novia.

—Andrea, necesito tu ayuda —exclama acercándose.

Lo cierto es que su vestido es muchísimo más bonito que el mío… y también más bonito que el vestido con el que me casé yo. Me asalta una duda absurda:

«¿Puede que fuese el vestido el que gafó mi matrimonio?».

—¿Qué sucede? —pregunto.

—¿Estoy haciendo bien? —suena como si le faltara aire—. Es decir… ¿quiero hacer esto? Entiéndeme: quiero a Larry, estoy enamorada de él, pero…

Antes de que remate la frase con un ¿quiero casarme con él?, la interrumpo:

—Julie, es normal que estés nerviosa. Es lógico tener dudas. Yo también las tuve…

—¡Y tu matrimonio fue todo un desastre!

Tiene razón, claro. No soy la persona más indicada para venderle el concepto “amor eterno”. Pero también sería poco elegante por mi parte animarla a cancelar una boda en marcha, con medio árbol genealógico en la iglesia y el catering ya descongelado.

Así que trago mi amargura —que es famosa entre mis conocidos— y busco argumentos presentables.

—Sí, cierto: mi matrimonio con Armand fue un error. Pero precisamente por eso puedo decirte que el tuyo…

—¡Me acosté con Brian! —confiesa de sopetón—. El stripper, ¿te acuerdas?

—Vagamente… —miento, intentando ponerle cara.

En realidad solo recuerdo su culo y su paquete. Y empiezo a sospechar que la crisis nupcial tiene bastante que ver con ambos.

—Andrea… me acosté con él. ¡Con un completo desconocido! ¿Qué hago? ¿Pospongo este despropósito? —dice, agitando los brazos por la habitación—. Mis familiares están ahí fuera y yo aquí… dudando. No sé qué hacer. De verdad que no lo sé. ¿Tú qué harías?

—Lo primero: siéntate y relájate —digo, rescatando la petaca del fondo del bolso—. Toma. Un trago. Te vendrá bien.

Julie bebe como si fuera agua bendita.

—Creo que me he enamorado… —dice, con la mirada perdida.

—Dame eso, loca —le arrebato la petaca y le doy otro sorbo yo, por si acaso—. No digas tonterías. ¿Cómo te vas a haber enamorado?

—Ha sido un flechazo… —se deja caer en una silla—. ¡Ay! ¡Estoy hecha un lío!

—Escucha. Estás confusa. Casarse es importante. Pero Larry y tú estáis hechos el uno para el otro. Lo de anoche ha sido un desliz… un error con lentejuelas causado por los nervios y el alcohol de garrafón. Nada más.

—¡Incluso he pensado en fugarme con Brian a mi luna de miel! —rompe a llorar.

—Qué tontería… —digo, y entonces me doy cuenta de lo grave que suena—. Además, los billetes son nominales. El otro estará a nombre de Larry.

—Eso no sería un problema. ¿Ves? —me enseña los billetes que saca del vestido—. Son abiertos. Los compré así por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —la miro como se mira a alguien que acaba de decir “lo compré por si me daba por desaparecer”—. Dame eso.

Le arrebato los billetes.

—Te los guardo yo hasta que acabe la boda. No vaya a ser que decidas hacer una estupidez de la que luego te arrepientas.

—Así que… ¿tu consejo es que me case?

—Hagamos esto: sal ahí, desfila hasta el altar, mírale a los ojos. Si después de eso sigues dudando, sales corriendo. Hagas lo que hagas, yo te apoyo.

Julie respira como si acabara de sobrevivir a un tsunami emocional.

—Está bien. Tú ganas. Nos vemos en el altar.

Sale cabizbaja y vuelvo a quedarme sola.

Estoy a punto de ir hacia la capilla cuando el móvil empieza a sonar. Durante una décima de segundo pienso:

«¿Será Broderick pidiendo disculpas por haberme plantado por mensaje?».

Miro la pantalla. No es él. Es un número que no identifico.

—¡Andreaaaaaa! —La voz es inconfundible—. ¿Dónde narices te has metido? ¿Te has vuelto loca o qué? ¡Ya estás hablando o…!

—Buenos días para usted también.

Es Gideon Pierce, mi jefe.

—¡Encima te cachondeas! ¿Dónde estás? ¡¿Dónde está mi dinero?!

«Mierda. El dinero». Ayer, con las prisas de la despedida, olvidé pasar por el banco e ingresarlo.

Y de pronto, un recuerdo se me clava en el cerebro como una horquilla en el cuero cabelludo: yo jugueteando con el cheque mientras el stripper se despelotaba.

«Andy… no le pondrías el cheque en el tanga, ¿verdad?».

—Verá, señor Pierce… no se lo creerá, pero ayer fui víctima de un atraco —improviso.

—¿Cómo? ¡¿Te han robado mi dinero?!

—Yo estoy bien, gracias por preguntar. Y su dinero está… sano y salvo —digo, deseando con toda el alma que sea verdad—. El caso es que hoy es mi día libre y…

—¡¿Y qué?! ¡¿Dónde está el cheque?!

—En mi bolso —respondo, como si esa frase no diera pánico.

—¡¿En tu bolso?! ¡Es un maldito cheque al portador! ¡Un jodido cheque de un millón de libras! ¡Eres una inútil!

—Lo sé, lo sé… No se preocupe. Está a buen recaudo. No le pasará nada a su dinero.

—Más te vale. Porque si no, habrás deseado no conocerme.

Cuelga.

Durante unos segundos, pienso que yo ya deseo no conocerle.

Si no fuese porque una tiene que comer, os aseguro que no aguantaría a semejante gilipollas.

Antes de salir hacia la capilla, apuro el último sorbo de la petaca y dejo que el whisky me aporte la energía mínima para afrontar la función.

Compruebo el bolso. El cheque está ahí.

Afirmativo.

«Te has salvado por los pelos, Andy».

Salgo de la estancia y me dirijo a la capilla.

Está repleta de familiares sorprendentemente peripuestos, ansiosos por ver el enlace. La mayoría de gente cree que a los invitados les encantan las bodas. Mentira. Lo único que gusta de una boda es el banquete… y la barra libre. Todo lo demás es una tortura con música.

Desde mi sitio —a la derecha del altar, junto a las otras damas de honor preadolescentes— veo sonrisas de compromiso a granel. Tantas como familiares hay.

Se abren las puertas y entra Larry. Reconozco que está guapo; si no lo está hoy, ya me diréis cuándo.

Se coloca frente a mí, al otro lado del altar. Me saluda con un gesto de cabeza casi imperceptible. Yo respondo igual.

Nunca ha sido santo de mi devoción, pero juro que me daría pena que Julie lo plantase. Por snob, soberbio y creído que sea, no se merece eso.

Siento vibrar el móvil en el bolsillo del vestido y miro, disimulando. Es un mensaje de Broderick. Solo ver su nombre me da un vuelco el estómago.

«¿Querrá hacer las paces? ¿Vendrá a Formentera?».

El mensaje dice:

“Quiero que recojas tus cosas y que te marches del piso. Estaré fuera todo el fin de semana. El lunes espero no encontrarte”.

Se me viene el mundo encima con tanta fuerza que ni me doy cuenta de que Julie ya está desfilando hacia el altar con el Mesías de Händel.

Trago lágrimas. Miro a mi amiga, que se coloca frente a Larry.

Julie levanta el velo con un gesto brusco y suelta:

—¡No puedo hacerlo! ¡No puedo hacerlo! —se gira hacia mí—. He hecho lo que me has dicho, pero nada. ¡No puedo!

—¿Cómo? —Larry me lanza una mirada asesina—. ¿Qué está pasando, Julie?

—Lo siento. No puedo casarme contigo.

Julie baja del altar y sale corriendo ante la mirada atónita de los invitados. Larry se queda clavado. Luego me señala, temblando de rabia.

—Tú… Tú… ¡Maldita amargada de mierda! ¡Tú has provocado esto! ¡Has sido tú la que la ha animado a no casarse!

—Espera, te estás equivocando…

—¡No! —hace una pausa para mirarme con más odio todavía—. Siempre lo había sospechado, pero ahora me ha quedado claro…

—¿El qué? —pregunto, notando cómo se me humedecen los ojos.

—Que eres una amargada. Material de desecho. Una mujer absolutamente desechable. Una desgraciada que no soporta que los demás sean felices…

Con cada palabra, me hago más pequeña. Siento todas las miradas encima. Y, por primera vez en mucho tiempo, me parece que el vestido horroroso pesa una tonelada.

No le respondo. Bajo del altar y salgo corriendo de la capilla.

En el pasillo, corro hasta la habitación donde dejé mis cosas.

Respiro hondo. Echo mano de la petaca.

Está vacía.

«Maldita sea».

Me seco las lágrimas con la manga del vestido y mi mirada cae sobre la maleta: la que tenía preparada para salir de viaje con Broderick después de la boda. Antes de que me dejase, claro.

La rabia me sube como un ataque de calor.

Busco la pitillera desesperada.

«Necesito un maldito cigarro».

En mi cabeza se repiten, una y otra vez, las frases del día, como si me las hubieran tatuado:

“Amargada… material de desecho… mujer desechable… desgraciada…”.

“¡Eres una inútil!”.

“Recoge tus cosas y márchate”.

—¡Basta ya, joder! —exclamo, y se me rompe la voz—. Basta…

Rompo a llorar, agotada.

Y entonces, con la vista aún nublada, aparece una idea. Una idea loca. Una idea preciosa.

Miro la maleta.

Miro los billetes de avión de la luna de miel de Julie.

Sin pensarlo, cojo los pasajes, el bolso y la maleta.

Mi última parada antes del aeropuerto es la habitación de preparación de la novia.

Entro despacio, procurando no ser vista. Está vacía.

—¿Dónde se habrá metido Julie…? —murmuro, revolviendo.

Entonces lo veo: dentro de una maleta, lo que buscaba.

—Eureka. Te encontré.

Con los billetes, la reserva del hotel a nombre de Julie y su pasaporte en la mano, una borrachera del quince y un cabreo de muerte, recuerdo el famoso cheque de un millón de libras.

«Esta va a ser una luna de miel fantástica. ¿Habrá algún banco cerca?».

# Capítulo 2

Aún un poquitín mareada a causa del güisqui, sumo a mi lista de delitos la conducción temeraria. Como si haber robado un millón de libras no fuese suficiente. Como si ser una prófuga de la justicia no me bastase.

«¡Andrea, ¿qué estás haciendo?! ¿Qué pasará si te pillan? ¿Cuánto tardarán en saber que has huido con el dinero?», me repito mientras el paisaje pasa a toda velocidad.

Supongo que, entre la prisa y el subidón de adrenalina, me entra vértigo en el estómago y levanto el pie. Entonces el ritmo frenético de los limpiaparabrisas me recuerda lo obvio: fuera llueve.

Al salir del banco apenas chispeaba, pero ahora cae una tormenta de órdago.

«¿Debería interpretarlo como una señal para devolver el dinero y volver a casa?», pregunta una parte de mí, la misma que siempre intenta que no me meta en líos. «Aún puedo dar marcha atrás. Recogeré mis cosas del apartamento de Broderick y volveré a empezar. Lo he hecho otras veces… esta no será diferente».

Me cabreo conmigo misma por tener estas dudas ridículas y me obligo a pensar en Julie.

«¿Dónde estará? ¿Estará ahora mismo retozando con el stripper?».

Pensar en sexo me lleva, inevitablemente, a Broderick y a sus "magníficos" masajes íntimos. Solo recordarlo me da un escalofrío. No sé si por asco o por placer, y eso me irrita todavía más. Así que corto el pensamiento en seco y vuelvo a la boda.

Una cosa está clara: que la boda se haya anulado ha sido lo mejor. De haber seguido adelante habría sido una pena celebrar un bodorrio en un día así; un dispendio de dinero para acabar con el césped convertido en pantano. Sobre todo porque el convite iba a ser al aire libre.

Vale. No voy a hablar del amor eterno. Pero os juro que lo tenía en mente.

Me centro, por fin, en lo único importante:

el robo del millón de libras.

Miro de soslayo la maleta y pienso: «Podrías estar repletita de billetes bien planchaditos, pero… todavía no».

Será mejor esperar a llegar a Belice. En cuanto aterrice abriré una cuenta y haré efectivo el cheque. Sí. Lo cobraré y me daré la vida padre a costa de ese imbécil. Bien ingresadito en un paraíso fiscal, será imposible que nadie lo relacione conmigo.

«¿A quién quiero engañar? En el momento en que ingrese ese cheque me convertiré en una criminal. Una prófuga», me martirizo.

Veo una señal: Aeropuerto de Heathrow – 5 millas.

Y, como en una película barata, en mi cabeza empieza a sonar la melodía de Psicosis. La de cuando Janet Leigh huye por carretera después de robar. No la ducha. Esa no. Cuanto más me acerco, más siento que me estoy equivocando.

Y aun así… algo dentro de mí me empuja.

Recordar al estúpido de mi jefe, al desgraciado de Larry y al cerdo de Broderick no hace más que abonarlo: lo mejor que puedo hacer es huir. Desaparecer por un tiempo. Resurgir de mis cenizas en otro lugar.

Puede que sea una equivocación, pero es mi equivocación. Mi decisión.

Se acabó vivir condicionada por los demás.

Llevo cuarenta años haciendo lo que se suponía que debía hacer y no he conseguido un pimiento. Estoy divorciada, mi historial de novios asustaría a cualquiera, bebo demasiado, fumo como un carretero, soy malhablada, un desastre como ama de casa, la secretaria de un completo gilipollas y, para colmo, la única hija de una madre hipocondríaca…

En resumen: mi vida es una mierda.

Así que no, quizá no sea tan mala idea huir con la pasta y a verlas venir.

Con esa declaración de intenciones, paro el coche en la cuneta y saco el móvil para hacer una última gestión.

Llamo a Fiona, la madre de Julie.

—Fiona, soy Andy. ¿Se sabe algo de Julie?

—No, nada. ¿Estás bien, Andrea? Siento lo que Larry te dijo… No se lo tengas en cuenta; estaba muy nervioso.

—Estoy bien, no te preocupes por mí. Oye, ¿sabes cuál era el hotel donde se iban a alojar Larry y ella?

—Sí. Se llama The Phoenix Belize. Está frente a la costa de San Pedro. ¿Por qué lo preguntas?

—Llamaré para saber si Julie ha contactado con ellos. Quizá así descubrimos dónde está.

—Buena idea. Avísame si sabes algo, ¿de acuerdo?

—Claro. Te llamaré en cuanto sepa algo.

—Cuídate, Andrea.

—Chao.

Cuelgo y, sin perder un segundo, llamo a la aerolínea: modifico la reserva. En lugar de dos billetes en clase turista obtengo uno en preferente.

«¡A tu salud, Julie!».

Sigo dentro del coche, escuchando la lluvia golpear el techo, y me enciendo un cigarrillo. Bajo la ventanilla y doy varias caladas, saboreándolo. Sorbo la nicotina como si fuese un tranquilizante legal.

Más calmada, me doy cuenta de que también debería llamar al hotel para avisar de mi “contratiempo”.

—Phoenix Belize, ¿dígame? —La voz al otro lado tiene un acento hispano divertidísimo.

—Hola. Soy Julie Wellington. Tengo una reserva a mi nombre. Una suite nupcial.

—Sí, señorita Wellington. Julie Wellington y Larry Crow.

—Exacto.

—¿En qué podemos ayudarla?

—Verá… es una historia algo extraña, pero cierta.

—Dígame. Intentaré ayudarla en todo lo que esté en mi mano.

—Mi marido… —Hago una pausa para escribir mentalmente la trola —. El doctor Crow no podrá venir.

—¡¿Oh?! ¡Qué terrible calamidad!

—No, no… escuche. No podrá venir conmigo.

—¿Vendrá usted sola a su luna de miel?

—¡No! —me traicionan los nervios—. A ver… sí iré, no se preocupe. Pero… iré sola.

—¿Temporalmente? —Lo dice como si me estuviera escuchando desde dentro de un reality.

—¿Cómo se llama?

—Mauricio Bastos, señora.

—Bien, Mauricio: quería saber si podrían cambiarnos la suite nupcial por una habitación diferente.

—Eso será imposible. Estamos completos.

—¡¿Completos?!

—Sí. Hoy han llegado huéspedes por varias convenciones.

—Está bien, me quedo esa habitación.

Se me ocurre algo y lo suelto con toda la dignidad que me queda.

—Mauricio, mi marido es un eminente cirujano.

—¿Cuál es su especialidad?

—Medicina interna… internísima.

—Entiendo.

—Esta semana le han programado una operación importante en Londres y por eso no podrá venir. Yo sí. Pero… ya sabe: si alguien llamara para anular la reserva…

—¿Y qué sentido tendría eso?

—Hay quien opina que si se marcha de viaje no hará un buen trabajo en el quirófano… —me doy cuenta tarde de que esto es una trola horrible.

—Ah, claro. Si usted lo dice… —Su tono deja clarísimo que cree que estoy loca—. No se preocupe. Si quiere podemos blindar la reserva.

—¿Eso es posible?

—Sí, claro. Podemos poner una contraseña.

—Perfecto. Tórtolos.

—¿Tórtolos?

—Sí. Ya sabe… por el amor y todo eso.

—Está bien. Su contraseña será “Tórtolos”.

—Genial. Nos vemos pronto, Mauricio. Un placer.

—Lo mismo digo, señora. Quedo a su disposición. Buen viaje.

Cuelgo.

Y acto seguido arranco.

Acelero todo lo que puedo y, cuando estoy a un kilómetro del aeropuerto, decido añadir una pizquita de complejidad a mi huida.

«¿Por qué ponérselo fácil a la policía?».

Rescato el equipaje y recopilo el resto de las cosas desperdigadas en el asiento trasero. Luego busco el barranco que queda a mi derecha y tomo una decisión que, en mi cabeza, suena brillantísima.

Despeñar el coche creará dudas. Desaparecer así, de repente, quizá me regale unos días de asueto en Belice mientras la policía se entretiene con pistas falsas.

Dejo las cosas al amparo de un sauce en la cuneta. Vuelvo al vehículo, lo encaro hacia el barranco, quito el freno de mano, me bajo y lo empujo.

En cuestión de segundos la gravedad hace el resto.

El golpe suena atronador. Y yo, empapada por la lluvia, me digo:

«Bienvenida al resto de tu vida como delincuente, Andy».

# Capítulo 3

Jamás había viajado en business class. Jamás. Ni siquiera en mi propia luna de miel.

Por aquel entonces, Armand —mi exmarido— me convenció para que, en lugar de un viaje decente, nos fuéramos a la costa de Devon. Que si era mejor guardar el dinero para comprar una casa, que si viviríamos felices, que si ya viajaríamos más adelante…

«¿Felices? ¡Y un cuerno!».

Cinco meses después de casarnos descubrí que el muy canalla se estaba acostando con nuestra agente inmobiliaria. De ahí tantas visitas, tantas casas y tanta "indecisión": el muy cabrón no buscaba un hogar, buscaba el lugar perfecto para restregarse con esa furcia de la agencia.

Total: me quedé sin luna de miel en condiciones.

Y todo por tonta.

Que conste: no tengo nada contra Devon —es más, os la recomiendo —, pero para una luna de miel yo siempre he creído que lo exótico es obligatorio. No hablo de cazar cocodrilos ni de subir montañas en chanclas; hablo de sentir que estás en otro mundo. Si no, el viaje se queda en una escapada romántica con humedad.

Además, la gente recién casada tiende a magnificarlo todo. A cualquiera que le preguntes te dirá que su luna de miel fue perfecta, incluso si perdieron la maleta, les dio diarrea o casi se divorcian en la excursión del segundo día.

Mientras estoy con estas reflexiones (y con una copa de champán entre manos), la conversación de la pareja de detrás me corta el rollo existencial.

—Escucha esto, Billy —dice ella, leyendo—: "Durante el enamoramiento el cerebro produce feniletilamina… un compuesto de

la familia de las anfetaminas".

«Luna de miel incluida», añado mentalmente, por si el artículo se olvida de mí.

—En otras palabras —remata ella—: ¡nos drogamos de manera natural para poder soportarlo! ¿Esto no debería ser prueba suficiente de que el amor es malo?

—No sé qué decirte, Daphne… —contesta él, con voz de pringado enamorado—. Me sorprende que lo digas en nuestra luna de miel.

La tal Daphne sigue leyendo, encantada:

—"El cerebro secreta dopamina, norepinefrina y oxitocina… y entonces empieza la 'magia' del amor". ¡Este artículo es buenísimo! Esto sí que es interesante, no las tonterías que publican en In Style. Cosas tipo: "Ese pantalón te queda fatal, no te lo pongas".

Rápidamente mi cabeza procesa la información y llego a una conclusión que me deja en paz con el universo:

Las grandes estupideces que hacemos en nombre del amor son, en realidad, decisiones tomadas bajo los efectos de nuestras propias drogas internas.

«Ahora entiendo muchas cosas… ¡No es culpa mía! Es cosa de esos neurotransmisores del demonio».

Y vale, también puede ser que a mí me guste más una pinga que comer con las manos, pero dejadme disfrutar de la versión científica, por favor.

Me río sola como una demente y, sin pensar, suelto en voz alta:

—Por algo me llaman la "banda ancha"… porque conecto con cualquiera.

Me aclaro la garganta, como si no acabara de declararme un router emocional delante de medio avión.

En fin: todo esto venía a que es la primera vez que viajo en business class. Mira tú por dónde, Julie me ha desvirgado a lo grande.

Reclinada en el butacón comodísimo, me pregunto si Julie ya habrá recordado que tengo sus billetes. Me da un pellizco de remordimiento… fugaz, no os voy a mentir.

Porque, sinceramente, tampoco estuvo bien que ella diera a entender delante de su familia que yo la había convencido de no casarse. Y, en cierto modo, este viaje y el hotelazo me parecen una compensación bastante razonable por el daño psicológico de aquel numerito.

Entonces aparece una azafata, con la sonrisa de quien ha visto de todo y ya nada le sorprende.

—¿Una toallita húmeda de aloe vera?

—Sí, gracias. Y… ¿podría traerme más champán?

—Por supuesto.

—Estoy de luna de miel, ¿sabe?

La azafata mira, con educación, el asiento vacío de al lado.

—Ah…

—Sí, voy sola —digo, y se me escapa la risa, un poco achispada por las burbujitas—. Bueno… ahora sola, más tarde no.

—Entiendo, señorita.

—¡Me he casado con un doctor! —grito de repente.

Varias cabezas se giran. Yo sonrío como si fuera lo más normal del mundo.

—El sueño de toda madre… —añado, recordando que debería llamar a la mía para contarle una milonga decente—. ¿Puedo hacer una llamada?

—Sí. Marque # y el código de su billete. Hágala antes de despegar o tendrá que esperar a que estemos en el aire.

—Muchas gracias —digo… y, sin poder evitarlo, me pongo a cantar—: Come fly with me, let's fly, let's fly away…

Al final remato con un “¡Hips!” ridículo, como si Frank Sinatra me hubiera pedido colaboración.

La azafata me observa con paciencia profesional.

—¿Quiere que le facilite una pastilla para que se relaje?

—No, gracias. Superaré esto sola. ¡Superaré mi miedo a volar yo sola! ¡Como todo en mi vida! ¡Soooolaaaa!

Y me echo a llorar.

«Qué malo es el alcohol».

—Tranquilícese. Si quiere, puedo sentarme junto a usted durante el despegue —dice, amable.

«¿Lo dice de corazón o es que en primera clase incluyen servicio de contención emocional?».

—Se lo agradezco muchísimo… Es lo más bonito que nadie ha hecho por mí en meses. ¡Gracias!

—Le traeré una infusión relajante, ¿de acuerdo?

—Vale. Una infusión… y después un gin-tonic —digo, dedicándole una sonrisa rarísima.

Luego miro alrededor, al resto de pasajeros:

—Perdónenme. De verdad. Siento turbar su tranquilidad. No sé qué me pasa… quizá sea el jet lag. Quizá durmiendo se me pase.

Y, tras mi soliloquio de borracha desfasada, pierdo el mundo de vista. Ni despegue, ni infusión, ni nada: me quedo dormida como un tronco.

Durante el vuelo, mi cabeza decide castigarme con una pesadilla.

Sueño con mi jefe.

No en plan “me despide”, no. En plan… sexual.

Una fantasía tan bizarra que me excita y, a la vez, me repugna.

«Hay que ver cómo pierde una el oremus cuando bebe».

En el sueño entro en su despacho con un café, todo empieza inocente… y de pronto la cosa se vuelve imposible de explicar sin que me dé vergüenza ajena. Digamos que mi jefe, el mismo que me amarga la vida, tiene una versión onírica con bastante más iniciativa de la que yo le concedería jamás en la realidad.

Y que conste que lo llamo "fantasía erótica" porque, para hacer algo así con él, tendría que estar siete veces más borracha de lo que ya iba. Antes de dejar que me tocara, me haría puta, lo juro.

Por eso, cuando el sueño se pone demasiado… convincente, pienso:

«¡Está bien, corten! Esto no es un sueño. Es ciencia ficción».

De pronto una sacudida del avión me rescata y despierto desorientada.

Y entonces lo noto.

Me ha puesto cachonda. Me he mojado.

Tanto, que parece que me haya meado.

«¿Qué más me puede pasar?», me pregunto, intentando recolocarme en el asiento con dignidad.

Como si el universo me oyera, la megafonía escupe al capitán con tono tranquilísimo:

—Señoras y señores pasajeros: por motivos técnicos tendremos que realizar un aterrizaje de emergencia en el aeropuerto internacional de Cancún. Lamentamos las molestias. British Airsky recargará mil puntos adicionales a su tarjeta de cliente. Gracias por confiar en British Airsky. Les deseo un buen vuelo.

—¿¡Un buen vuelo!? —exclamo, desabrochándome el cinturón y poniéndome en pie—. ¡Pero si acaba de decir que…!

—Señorita, tranquilícese. Le ruego que se vuelva a sentar.

—¿Y por qué tendría que hacer tal cosa? —pregunto, saliendo al pasillo.

Y entonces caigo en la cuenta: al levantarme he exhibido la "manchita" delante de todo el pasaje.

La azafata señala mi entrepierna con un gesto delicado, como quien intenta decirte que se te ha caído el alma al suelo.

—Señorita, creo que…

—¡Me he manchado el pantalón! —grito—. ¡Maldita sea! Ahora tendré que ir al baño a cambiarme…

«Fantástico, Andy. Rápida y aguda».

La azafata intenta decir algo:

—Yo no…

—Quítese de en medio, ¡inepta! —suelto, volviendo a mi asiento para coger una muda—. ¿Sabe usted quién es mi marido?

—No…

—Mejor. Porque podría hacer que la echasen con solo chasquear los dedos —exclamo, fingiendo que soy la esposa de un pez gordo—. ¡Inepta!

En cuanto cierro la puerta del baño, los remordimientos vienen a por mí.

Me arrepiento al instante del espectáculo que le he montado a la pobre azafata. Y, como un reflejo, me acuerdo de mi jefe —del real, no del que me acabo de tirar en sueños— y de cómo me trata constantemente.

Y eso me hace pensar:

«¿Será capaz de imaginarse ya que jamás regresaré con su cheque?».

# Capítulo 4

El avión aterriza en Cancún con esa elegancia propia de un ascensor estropeado. Salgo del pasillo de business con la dignidad justa, el rímel en huelga y una resaca que me late en las sienes como si alguien estuviera taladrándome el cerebro con un destornillador.

Me detengo frente a un panel informativo gigantesco. Empiezo a leer… y a los diez segundos lo abandono.

«Muy interesante lo de los kilómetros, las terminales y los pasajeros. Ahora… ¿hay un bar decente o tengo que morir así?».

Miro el plano del aeropuerto como si estuviera planificando una invasión y localizo el objetivo: La taberna del chihuahua, en el extremo opuesto.

Perfecto.

Con una sed criminal, los pies destrozados —sí, viajar con tacones fue una idea brillante, gracias por preguntar—, y unas ganas de fumar que podrían considerarse patrimonio de la humanidad, me encamino hacia allí arrastrando mi orgullo por el suelo encerado.

A mitad de camino, algo me frena.

Veo a alguien a lo lejos. Alguien imposible.

Me quedo clavada, con la maleta a un lado y el corazón dando golpes.

«No. No puede ser. No aquí. No ahora».

Parpadeo. Me froto los ojos. Miro otra vez.

Y sí: es él.

Gideon Pierce. Mi jefe. El mismo que me grita por teléfono como si yo fuera una impresora que no funciona.

Una parte de mí se plantea si estoy muerta y esto es el infierno. La otra, más práctica, se pregunta dónde está la salida de emergencia

más cercana.

No hago ninguna de las dos cosas. Me escondo detrás de una columna como una adolescente con mala conciencia y espero a que pase.

Pero Gideon no pasa.

Gideon se sienta.

Gideon se pone cómodo.

Gideon… parece estar esperando algo.

«¿Qué narices hace mi jefe en Cancún?».

Me sudan las manos. Me aprieto el bolso contra el cuerpo con la misma ternura con la que una madre abraza a su bebé… si su bebé fuera un cheque al portador de un millón de libras.

Respiro hondo. Decido que, si el universo me ha traído hasta aquí, como mínimo voy a beberme algo antes de colapsar.

Llego a La taberna del chihuahua, me dejo caer en una mesa y le hago una señal a la camarera con una convicción que no sabía que tenía.

—Un margarita —digo—. Grande.

La camarera asiente. Yo me quito los tacones y siento que mis pies se independizan del resto del cuerpo. Me masajeo los dedos como si acabara de cruzar el Sáhara.

Llega el margarita.

Me lo bebo como si me estuvieran persiguiendo.

Y lo estaban, en cierto modo: mis demonios, mi vida y el sentido común.

Cuando termino, pido otro sin pestañear.

A mi conciencia no le hace ninguna gracia.

«Andy, eres masoca. ¿Qué demonios haces sola en la luna de miel de tu amiga? ¿Y con el millón en el bolso?».

Cojo el segundo margarita, lo miro, y me digo a mí misma:

«No pienso discutir contigo ahora».

Me lo bebo.

Tres copas en menos de cinco minutos si contamos el champán del avión.

Sí. Un récord personal.

Y entonces, justo cuando mi conciencia vuelve a abrir la boca, yo le contesto en voz alta:

—¡Qué te jodan!

—¿Perdón? —dice una voz delante de mí.

Levanto la cabeza.

Y lo tengo ahí.

Gideon Pierce, en carne, hueso y mandíbula de anuncio.

—¡Usted! —me pongo en pie tan rápido que casi me caigo—. Usted… esto… no puede ser. Estoy borracha.

—Algo sí —dice, divertido, mirando los vasos—. ¿Tres copas tú sola?

Se ríe.

Se ríe de verdad.

Yo lo miro como si acabara de ver un unicornio fumando.

«Jamás he visto reír al señor Pierce. Esto confirma que estoy como una cuba y que esto es una alucinación».

Se sienta frente a mí con total naturalidad, como si no acabara de invadir mi vida.

—¿Te importa? —pregunta, y vuelve a sonreír. Una sonrisa ofensivamente bonita.

—Yo… —me aclaro la garganta—. Siento el malentendido, señor…

—No me trates de usted —me corta—. En un aeropuerto internacional no hace falta tanta ceremonia. Tutea. Respira.

—Vale… —digo, descolocada—. Te tutearé, pero…

Gideon levanta la mano hacia la camarera.

—¡Camarera! Tráiganos una tabla de chupitos, por favor.

—No creo que deba beber más —señalo los restos de mi "fiesta privada".

—Nunca a nadie le ha ido mal un poquito más de alcohol —dice—. Y, por lo que veo, a ti te persiguen demonios con muy mala leche.

Me quedo mirándolo. No sé si estoy más alarmada o intrigada.

La tabla de chupitos llega. Y, de pronto, estamos hablando como dos desconocidos: de Londres, de viajes, de nada. Como si él no fuera mi jefe ni yo la secretaria a la que le grita.

Y lo peor es que… está siendo encantador.

No debería. Lo sé.

Pero lo es.

Debe de ser el alcohol. O Cancún. O el hecho de que estamos a kilómetros de mi desastre habitual.

El caso es que, mientras habla, me sorprendo mirándolo.

Su mandíbula. Sus facciones. Sus labios.

Y cuando subo la vista hasta sus ojos —verdes, malditamente verdes — noto un vuelco.

En el corazón… y en otra zona que no es el corazón y que, de manera muy inoportuna, ha decidido reactivar el servicio.

Me río, nerviosa, como una idiota.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta.

No debería decirlo.

Por supuesto que lo digo.

—Juraré no haberlo dicho, pero hace unas horas soñé que tú y yo…

Gideon arquea una ceja.

—¿Qué?

—Soñé que… me lo hacía contigo.

Él suelta una carcajada baja, sorprendido.

—Vaya. Qué imaginación más… insana, señorita…

—Jenkins. Andrea Jenkins —le corto—. ¿El alcohol también te borra los nombres?

—Hasta ahora no han hecho falta —dice, inclinándose un poco hacia mí—. Volvamos a lo importante: en ese sueño… ¿qué tal estuve?

Me entra un calor por el cuello que podría freír un huevo.

—Aunque esté mal que lo diga… —me tapo la cara con las manos— disfruté como una perra.

Me arrepiento instantáneamente de mi vocabulario.

«¿Por qué soy así?».

Gideon me aparta las manos con suavidad, o eso me parece.

—No te avergüences. Ser tú misma es… refrescante, Andrea.

Me quedo mirándolo. Y, por primera vez, no me siento una inútil.

—Está bien —digo, tragando saliva—. No me avergonzaré.

Y a partir de ahí, la lógica abandona el edificio.

No sé si es el tequila, el jet lag emocional o que el universo se ha cansado de verme sufrir, pero… de algún modo terminamos en el baño.

Y sí: pasa lo que pasa.

Manos. Boca. Pared fría. Un pestillo echado.

El tipo que en Londres me humilla con correos pasivo-agresivos resulta que aquí, en persona, es un descubrimiento peligroso. De esos que una no debería probar porque luego se vuelven adicción.

Yo intento no hacer ruido. Él me susurra algo al oído. Yo pierdo por completo el control de la situación, de mi sentido común y de mi reputación.

Y, en mitad de ese caos delicioso, me asalta una idea con forma de cheque.

El millón.

«¿Debería devolvérselo ahora que… nos entendemos?».

La respuesta me llega sola, nítida, contundente:

«Y un cuerno».

Es bueno. Muy bueno.

Pero no tanto como para que le devuelva un millón de libras.

Además, si se lo devuelvo, me quedo sin plan, sin huida y sin vida padre. Literalmente jodida. En todos los sentidos.

No.

Ese dinero será mi finiquito emocional. Mi compensación por meses de mobbing y desprecio.

Cuando todo termina, respiro contra la pared y me recompongo como puedo. Me arreglo el pelo con dos dedos. Me miro al espejo y veo a una mujer con el vestido de dama de honor, la mirada encendida y el alma en huelga.

«Empuja, majo… empuja. Porque en cuanto esto acabe yo desaparezco. Y tú, sin saberlo, vas a financiar mi nueva vida».

# Capítulo 5

«¿Llegaré algún día al maldito hotel?», pienso mientras miro por la ventanilla del avión. Sí, sí: he dicho avión. Este es el tercer artefacto volador al que me subo en menos de cuarenta y ocho horas.

Tras abandonar Cancún —dejando atrás uno de los mejores polvos de mi vida— he embarcado en un vuelo que juraría que era directo al dichoso hotel… pero no. Faltaba un viajecito más, en aeroplano, como si esto fuera el episodio piloto de un reality tipo Pekín Express.

De hecho, podría titularse: "Atrapa un millón". Suena bien, ¿eh?

Si hubiera ido a la universidad, estoy convencida de que habría sido publicista. Siempre se me ha dado genial vender humo… y ponerle un nombre estupendo para que parezca un plan.

¿Y cómo creéis que entré a trabajar en Burton Group? Pues mintiendo, lógicamente. Mentí como una bellaca: en el currículum, en los test psicotécnicos, en las entrevistas… de principio a fin y sin un solo remordimiento.

Y ahí he estado los últimos tres años: Burton Group Corporation, multinacional de telecomunicaciones, ejecutivos lustrosamente trajeados que ni me miraban al pasar y una colección de humillaciones como para empapelar Heathrow.

Años de broncas y desprecios. Ni un "gracias", ni un "señorita Jenkins, lo está haciendo muy bien". Nada. La nada más absoluta. He tenido que esconderme en el baño a llorar más veces de las que admito sin que me dé un ataque de vergüenza.

Así que no, no me arrepiento de haber robado ese dinero. Nada. Cero.

En fin. Volvamos a lo que importa: el viaje. Espero, de corazón, que el dicho "a la tercera va la vencida" sea cierto, porque si no… no creo que mi cuerpo aguante muchas horas más de trayecto.

Cuando estamos en el aire me maldigo por no haber comprado mini botellitas de alcohol en el duty free. Si hubiera sabido que aún me quedaban horas por delante, lo habría hecho. Volar me pone nerviosa y el alcohol me ayuda a relajarme. Nada más.

Hay quien me ha dicho alguna vez que bebo demasiado, pero yo creo que son los demás los que beben poco. Pensadlo: si todo el mundo bebe poquísimo y tú bebes lo normal, tú siempre serás el que más beba. ¿Eso te convierte en alcohólico? Rotundamente no. Lo que demuestra es que el resto son unos muermazos.

Y, de repente, me acuerdo de algo que me dijo Gideon hace unas horas en el aeropuerto:

"Tranquila, no te avergüences. Creo que es bonito ser uno mismo al margen de lo que puedan pensar los demás. Así que no te avergüences, Andrea".

Lo recuerdo y se me cuela una duda estúpida: «¿Sería yo que estaba borracha o es que realmente es amable fuera de la oficina? ¿Y si su actitud despótica fuese postureo de ejecutivo? ¿Y si…?».

En cuanto noto el primer amago de culpa, zarandeo la cabeza y digo en alto:

—¡Nada de eso, joder! ¡Es un cabrón y punto!

—¿Está bien? —me pregunta la mujer sentada detrás de mí. Año arriba, año abajo, diría que tiene cuarenta y cinco o cuarenta y seis.

—Perdón… —digo, con mi mejor sonrisa de "no me he llamado cabrón a mí misma".

—¿Viaja sola?

«Joder con la preguntita…», pienso mientras me giro.

—Sí y no.

—Vaya. ¿Cómo es eso? —insiste, poniéndose en modo cotorra entrometida.

—Mi marido se reunirá conmigo en unos días.

Ella me mira como si le hubiera dicho que soy una enferma terminal y que mi último deseo es morir en Cayo Ambergris.

—Nosotros estamos celebrando nuestras bodas de plata.

—¿Veinticinco años casados? —exclamo, demostrando que no me parece algo "normal".

—Sí, veinticinco años de absoluta felicidad, ¿verdad, Murray? —dice, dándole un codazo al pazguato que tiene al lado.

—Sí, veinticinco —responde Murray.

«¡Viva la elocuencia!».

—Si pudiese, brindaría por vosotros… —comento, con bastante sarcasmo.

—¿Y tú y tu marido cuánto lleváis casados? —pregunta ella, sin pudor.

«¿Será entrometida?», me digo mientras fabrico una mentira rápida.

—Somos recién casados. Gideon es mi segundo marido.

Fantástico: primero me lo tiro y ahora me caso. Si sigo así, en un par de días sufro un embarazo psicológico. Tengo que ponerle solución antes de que sea demasiado tarde… ¿No os parece absurda la situación? A mí muchísimo. En cuanto llegue al hotel lo soluciono: beberé como una cosaca y expulsaré de mi memoria todo lo referente a su persona. Todo menos el polvazo, claro.

«Dios, qué débil soy…», pienso, poniendo los ojos en blanco.

—Segundas nupcias… qué interesante —dice ella, con una sonrisita.

Por un segundo me digo: «Andy, déjalo estar; no te dejes provocar». Pero la chula que llevo dentro toma el mando y espeto:

—¡Segundas nupcias, sí! ¿Algún problema, parejita? Mi primer marido murió en Irak.

—No, no… ninguno. Lo siento mucho, de verdad. Pero tampoco hace falta ponerse así… ¿No te parece, Murray?

—Me lo parece, cariño, me lo parece.

Es evidente que una de las claves del éxito de su matrimonio es que Murray pasa olímpicamente de su mujer. Lo curioso es que ella no parece enterarse.

«Así también aguanto yo veinticinco años», pienso, dándome la razón con un asentimiento solemne.

Valoro que igual vuelvo a coincidir con ellos en el hotel y decido arreglar la situación. Atención, porque voy a recurrir a mi excusa favorita:

—Lo siento, estoy algo agitada hoy… ya sabéis… —hago una pausa y, al observarlos con exagerada atención, no puedo evitar soltar una risita—. El jet lag.

—¿Cómo te llamas? —continúa ella, imparable.

—Me llamo Andrea… —y entonces caigo en que he metido la pata y rectifico a la velocidad de la luz—. Julie. Me llamo Julie Andrea. Pero todo el mundo me llama Andrea. ¿Y tú?

—Yo me llamo Precious y él es Murray.

—¿En serio? ¿Te llamas Preciosa?

—Sí. ¿Algún problema?

—No, no… ninguno. Solo es que me ha sorprendido. Es un nombre… precioso —digo, riéndome.

—¡Murray, dile algo! ¡Se está riendo de mí!

—En efecto —añade él, sin más.

—¡Serás…! —Precious fulmina a su consorte con la mirada—. Todo un placer conocerte, simpática. ¿Nos permites? —pregunta, invitándome con gestos a que me gire y los deje en paz.

—Para mí también ha sido un placer… ¡preciosidad! —murmuro, rematando con una risita traicionera.

—Murray, en cuanto lleguemos al hotel tú y yo tendremos una charla larga y tendida sobre esto. ¡Calzonazos!

«Pobre Murray; castrado y domesticado. Una víctima más de eso que llaman “matrimonio”».

Con mi mejor gesto de compasión, me giro hacia la ventanilla. Y entonces se me olvida todo.

El paisaje es espectacular. Agua cristalina, tonos verdes imposibles, un brillo tropical que parece inventado. Me quedo embobada, emocionada, y pienso:

¿Será Ambergris un buen lugar para quedarse a vivir?

# Capítulo 6

Al llegar al hotel nos recibe un grupo de animación: el típico despliegue de resort cinco estrellas superior. Ya os hacéis una idea: muchachas exuberantes enseñando cacha, morenazos musculados capaces de provocar divorcios instantáneos, fuego, danza, música, collares de flores y muchísimo peloteo. Peloteo y... ¡alcohol!

«Dios bendiga a este hotel», pienso, convirtiendo el cóctel de bienvenida en una extensión de mi organismo.

Tras el show, los cachas y sus compañeras —las de las cachas de hierro— nos conducen hasta una explanada donde espera un microbús. Al verlo, mi cerebro solo alcanza a formular una pregunta:

«¿El próximo medio de transporte para llegar al maldito hotel qué será? ¿Un globo?».

Exhaustos y con el puntillo, subimos sin oposición. Yo me dejo caer en el asiento como un saco de patatas con trauma.

Y entonces, cómo no, oigo la voz de Precious detrás de mí.

—Mira, Murray... —susurra—. Es ella.

—Miro —responde Murray, lánguido, como quien recita el parte meteorológico.

—¡¿Qué te pasa?! ¿Estás borracho?

—No, Precious, no estoy borracho.

—¡Claro que sí! No tenías que haber bebido esa porquería. Luego te sienta mal y nos fastidias las vacaciones. Compórtate como un adulto, ¡por el amor de Dios!

Me recorre un escalofrío. Imagino, por un instante, girarme y estrangularla con mis propias manos. La fantasía me da una paz interior casi religiosa. Y, de inmediato, me pregunto cuántas veces

habrá asesinado Murray a Precious en su mente… mientras ella le da la chapa.

Decido aportar mi granito de arena a su convivencia.

—¡Qué isla más preciosa! —digo, remarcándolo como si estuviera narrando un anuncio.

Espero.

—Qué vegetación tan… preciosa.

Y, ya que estoy, empiezo a tararear "La isla bonita" con entusiasmo. No canto bien, pero la mala intención la bordo.

Precious lo pilla al vuelo. Se inclina hacia delante para increparme por el hueco entre mi asiento y el de al lado —que está vacío— con tanto ímpetu que, justo en ese momento, el microbús bota con un bache y su cara queda encajada entre los respaldos.

—¡Auuuuuu! —grita—. ¡Murray! ¡Estoy atascada!

—Estás atascada —dice Murray, aplicando su técnica favorita: repetir lo último para simular atención.

—¡Claro que estoy atascada! ¡Ayúdame, imbécil!

Yo, ante semejante cuadro, opto por lo único razonable: seguir tarareando.

Diez minutos más tarde llegamos por fin. Y, como si el universo quisiera compensarme, nos reciben otra vez con espectáculo y bebida. Mientras el zumo natural se desliza por mi garganta, pienso con sinceridad:

«Qué lástima de zumo… Sabría mejor con un poquito de ron».

El "zumito" resulta ser una distracción elegante para que los botones nos quiten el equipaje sin que nos enteremos.

Embelesada por el lujo del lugar, camino hasta recepción para hablar con Mauricio, el empleado que "bloqueó" mi reserva. La reserva de

Julie, ya sabéis. Pero Mauricio no está. En su lugar hay una chica que podría pasar por doble de Rihanna.

—Buenos días —dice con una sonrisa exageradísima—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Verá… ¿está Mauricio?

—No, hoy es su día libre. ¿Puedo ayudarla yo?

«Qué pesada con ayudarme», pienso. «Si le digo que me falta un riñón, igual se arranca uno y me lo ofrece con moño».

—Imagino que sí. Soy Julie Wellington. Mi esposo y yo teníamos una reserva para pasar la luna de miel aquí.

—Entiendo…

«¡¿Qué entiende si aún no le he dicho nada?!».

—Creo que debo decirle: "tórtolos".

La sonrisa de Rihanna se reduce a media sonrisa.

—¿Cómo?

—"Tórtolos".

—Sigo sin entender a qué se refiere.

—Es… la contraseña del bloqueo de reserva —concluyo, guiñándole un ojo como si estuviéramos en una comedia romántica.

—¿Bloqueo de reserva? No entiendo nada…

—Su compañero, Mauricio, me dijo que podía bloquear la reserva con una contraseña…

Según su cara, tal cosa no existe. Y entonces llega el golpe de gracia:

—Es que Mauricio es el encargado de mantenimiento. Él no se encarga de reservas.

«Cuando pille a ese Mauricio…».

Trago saliva. Por un segundo imagino mi reserva cancelada, mi teatro derrumbándose y yo acabando en una cuneta, con mi maleta y mi dignidad en el mismo estado.

—Da igual… —digo—. ¿Podría mirar mi reserva?

—Sí, por supuesto. Julie Wellington, ¿verdad?

—Tan verdad como que soy una mujer de los pies a la cabeza —respondo, repitiéndome mentalmente: «Te llamas Julie. Julie. Julie».

Ella teclea, asiente y, con naturalidad ofensiva, dice:

—Aquí está. Tiene reservado uno de nuestros bungalows nupciales. ¿Me permite su documentación?

Metí la mano en el bolso con gesto inocente… y me doy cuenta de que el pasaporte está en la maleta.

—¡No puede ser! —exclamo.

—¿Sucede algo?

—Tengo toda la documentación en la maleta…

—No se preocupe —dice, entregándome la tarjeta—. Venga más tarde y ya lo arreglaremos.

—Muchísimas gracias… señorita —digo, a punto de llamarla Rihanna en voz alta y confirmar sus sospechas.

Completamente exhausta por culpa del viajecito interminable, me encamino hacia el bungalow. Al llegar, alucino en colores. Parpadeo un par de veces para asegurarme de que es real.

Es una casa de madera a pie de playa. Una casaza. Por fuera ya impresiona; por dentro, ni os cuento. Todo está tan exquisitamente decorado que, durante unos segundos, lo miro como si jamás hubiera visto una habitación de hotel.

«Nunca habías visto algo así, querida», susurra mi conciencia. «Y si no fuese porque eres una ladrona, no estarías aquí».

Le doy una sacudida mental para callarla y me concentro en lo importante: esto es un paraíso con aire acondicionado.

El bungalow tiene de todo: pantalla enorme, gadgets de esos que te hacen sentir rica solo por mirarlos, sillón de masajes, piscina de agua salada, jacuzzi… y, lo mejor de todo, un minibar repleto de bebidas.

No lo dudo ni un segundo. Tiro el bolso sobre la cama —enorme, por cierto— y rebusco hasta encontrar una botella de güisqui. Me sirvo una copa como Dios manda, espero lo justo para que el hielo no lo agüe y brindo en silencio.

—Por ti, Gideon —murmuro, y bebo.

La copa me sabe a gloria. Más que otras veces. Y eso me deja una idea rondando que no me gusta reconocer:

«¿Será por el significado simbólico…?».

Mi mirada se va, en piloto automático, hacia la cama. Valoro deshacer el equipaje y volver a recepción con el pasaporte, pero el cansancio me vence. Caigo rendida.

No sé cuánto tiempo pasa —minutos, horas—, pero un golpe brutal en la puerta me arranca del sueño.

—¡Ya voy, joder! —gruño.

Me arrastro hasta la entrada. Antes de abrir, me miro en el espejo del recibidor y constato lo evidente: me faltan horas de sueño, y se me nota. Por un segundo estoy tentada de volver a la cama y esconderme bajo las sábanas como si eso solucionara mi vida.

Pero abro.

—¡¿Tú?! —exclamo, a punto de desmayarme.

—Yo también me alegro de verte, Andrea… ¿o debería llamarte Julie Wellington?

—¡Entra y cállate! —digo, tirándole de la manga para meterlo dentro.

Cierro la puerta de golpe, el corazón desbocado, y solo puedo pensar una cosa:

¿Qué narices hace aquí Gideon… y por qué sabe que finjo ser Julie?

# Capítulo 7

Una vez dentro, lo llevo directo a la barra de la cocina y le sirvo un trago. A él… y, de paso, a mí. No voy a fingir que es por hospitalidad: lo necesito.

Hielo. Güisqui. Silencio.

Me siento frente a él con la dignidad justa y la garganta seca.

—¿Y bien? —pregunto, deseando que me acuse de una vez, que diga "devuélveme el cheque" y que se termine esta pesadilla.

Él sonríe.

—Creo que tienes algo mío.

—Es verdad… —susurro, sin saber dónde poner los ojos.

—¿Y bien?

Trago saliva. Me obligo a decirlo, aunque me queme la cara.

—Decir que no quería hacerlo sería absurdo. Pero estaba tan… —busco la palabra y la encuentro con rabia— harta.

—Vaya… lo siento mucho.

Y entonces lo miro de verdad. Nuestros ojos se enganchan como si tuviesen imán.

«¿Lo siente? ¿De verdad? ¿Por qué lo sentiría alguien como él?».

La culpa me sube como un reflujo.

—No lo sientas. Soy yo quien siente haberte robado un millón de libras.

Su sonrisa se congela.

—¡¿Cómo?! —se levanta de golpe—. ¡Yo solo venía a decirte que han confundido nuestras maletas en el aeropuerto! Mira… —me muestra

una maleta idéntica a la mía.

Mi sangre se hiela.

—¡¿Qué?! —exclamo, consciente de lo que acabo de confesarle.

Sin decir nada, corro hasta la cama donde dejé mi maleta, la abro… y confirmo el desastre: no es mía.

Voy a cerrarla, pero algo me llama la atención. Un pasaporte.

Lo abro.

Y me quedo helada.

Tan helada que mi cara habla por mí.

—¿Te sucede algo? —pregunta.

Levanto la vista, furiosa.

—¡¿Joel Pierce?! —escupo—. ¿Te llamas Joel?

—Sí… ¿qué tiene de malo? Es un nombre…

—¡Te mato! ¡Te juro que te mato! —rodeo la cama y me lanzo hacia él —. ¡Cabrón! ¡Hijo de puta!

—¡Pero ¿yo qué te he hecho?! —dice, intentando zafarse, con cara de auténtico bobalicón.

—¡Joderme, eso es lo que has hecho!

—Bueno, eso ya lo sé, pero… tampoco hace falta que te pongas así. Creí que te había gustado…

—¡Cállate! ¡Cállate ya! Tengo que pensar.

Empiezo a caminar de un lado a otro como un animal enjaulado.

«Joel Pierce… Pierce… idéntico…».

De pronto encaja.

—¡Gemelos! —me giro hacia él—. ¡Sois hermanos gemelos!

Joel me mira, sorprendido.

—¿Conoces a mi hermano Gideon?

—Sí. Soy su secretaria.

Se aproxima un poco, divertido.

—Interesante… ¿Y dices que le has robado un millón de libras?

—Eso ahora no viene a cuento —respondo, intentando agarrarme a un mínimo de control—. ¿Por qué no me dijiste que no eras Gideon?

—¿Yo? ¿Cómo quieres que te lo confesara si yo no sabía que me habías confundido? —se encoge de hombros—. Cariño, estabas tan borracha que hubieras confundido a cualquiera.

—¡¿Me estás llamando borracha?! —le lanzo una piña que cojo de la cesta de fruta.

—¡Cálmate, joder! Yo no te mentí. Te seguí el juego, nada más. ¿Qué probabilidades hay de que me encuentre con la secretaria de mi hermano gemelo en la otra punta del mundo? ¿No te parece un chiste?

La rabia se me desinfla un poco.

—La verdad… es que sí.

«Y ahora qué», pienso, con el estómago encogido. «Acabo de confesarle que le he robado a su hermano. Brillante, Andrea. Brillante».

Joel señala el pasaporte que tengo en la mano.

—Lo que está claro es que aquí la única que miente eres tú. ¿Por qué llevas un pasaporte falso?

—¡No es falso! Es el pasaporte de mi amiga Julie…

—Ah. Eso lo explica todo, claro —dice, con esa sonrisita de quien disfruta verte arder.

—Le robé el pasaporte para hacerme pasar por ella en este hotel.

—Luego… ¿le has robado también la reserva?

—Y los billetes de avión de su luna de miel —admito, cada vez con menos orgullo.

—¿Y sueles robar a menudo?

—¡No! ¿Por quién me has tomado?

—Cariño, solo sé que has robado unos billetes, un pasaporte, un millón de libras y que estás suplantando la identidad de otra persona. La preguntita venía a cuento, ¿no te parece?

Aprieto los labios.

—Vale. Puede que se me haya ido un poco la mano… ¿y ahora qué?

Joel se sirve otro trago, tan tranquilo.

—Lo lógico sería ir a medias.

Me quedo pasmada.

—¡¿Qué?! ¿No vas a denunciarme?

—¿Y qué ganaría con eso?

—Recuperarías el dinero de tu hermano.

—Mi hermano es un completo gilipollas.

—Amén —levanto mi copa—. Pero del cincuenta por ciento nada. Te ofrezco doscientas mil libras.

—Medio millón o lo canto todo —dice, brindando consigo mismo.

—Trescientas mil y no se hable más.

—Cuatrocientas mil… y un hueco en esa cama.

—¡¿Cómo?! —me sale una carcajada nerviosa.

—Que aceptaré si me dejas pasar la “luna de miel” contigo.

—¿Y por qué iba a hacer yo eso?

—Porque, si no, cantaré como un gorrión todo lo que me has contado: el robo, el pasaporte, la reserva, la suplantación… Todo.

Resoplo.

—Está bien. Pero dormirás en el sofá.

—En la cama.

—En el sofá.

—En la cama o cantaré: cantaré, cantaré, cantaré… tralará, tralará, tralará…

Me tapo la cara con una mano.

—Vale. Seré yo quien duerma en el sofá.

—En el baño del aeropuerto no me despreciabas tanto, cariño.

—¡Creí que te conocía! ¿Sabes que podría denunciarte por… por lo que pasó?

—¿Yo a ti? Creo que fue más bien lo contrario: tú me utilizaste pensando que era mi hermano. ¿Así que quién utilizó a quién?

—¡Cállate! Me duele la cabeza.

—Será por lo mucho que bebes —dice, tan pancho.

—¡Que te calles, joder!

Abro la puerta corredera y salgo a la terraza a tomar aire. Las olas van y vienen con una calma insultante.

Y, de pronto, se me ocurre algo importante.

Vuelvo dentro.

—Te llamas Larry Crow y eres mi marido, ¿entendido?

Joel sonríe como si le hubieran dado un caramelo.

—Sí, quiero.

—¡Estúpido!

—No te enfades, caramelito mío. Esta es nuestra luna de miel… el principio del resto de nuestra vida juntos…

No le respondo. Salgo otra vez a la terraza y pienso, con una lucidez cruel:

«¿La estupidez será genética? Porque los dos hermanos son gilipollas. Cada uno en su categoría».

Miro el mar.

Respiro.

Y me hago la única pregunta que importa:

«¿Saldrá bien esto… o acabo enterrada bajo una palmera?».

# Capítulo 8

Tras solucionar el tema de la reserva y dejarlo todo perfectamente encarrilado, me encamino hacia el restaurante para echarme algo al estómago. Según me ha indicado Anabela —la doble de RiRi—, allí encontraré todo tipo de exquisiteces culinarias propias de un lugar como este. Solo de pensarlo se me hace la boca agua.

Después del extraño convenio al que hemos llegado Joel y yo —y sí: sigo bastante cabreada— me he dado una ducha y me he hecho un tratamiento facial en el spa del hotel. Es cierto eso de que la cara es el espejo del alma: antes de entrar tenía un rostro asqueroso y un humor de perros; ahora estoy divina, parezco otra mujer. Incluso me siento contenta.

Aunque el caradura de Joel me haya levantado cuatrocientas mil libras, al menos no tendré que fingir que mi marido me ha dado plantón en mi propia luna de miel.

Sí, sé que es absurdo, pero con algo tendré que consolarme, ¿no? Y encima él es el bueno, ¿no te jode? Lo digo por eso de que quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón. ¡¿La ladrona soy yo y él el bueno?! Hay que joderse con las leyes divinas…

Al entrar al restaurante, de nuevo me quedo asombrada ante tanto lujo. El espacio parece no acabarse nunca y la luz es cálida, acogedora a más no poder. En el ambiente flota un aroma a sal marina y fruta que abre el apetito.

«¿Será algún tipo de ambientador?», me pregunto, mientras trato de localizar a Joel en el comedor.

Joel y yo hemos quedado para cenar como si fuésemos un matrimonio más; como si no fuésemos dos embusteros con cara dura. Pensar en él me produce una sensación rara en el estómago.

«¿Vergüenza?», me pregunto.

¿Vergüenza de qué? Si aquí la vergüenza debería estar de baja médica.

Vale, sí: soy pesadita con las preguntitas y las repreguntitas que me hago a mí misma, pero mejor eso que tener el tarro vacío. Además, por lo que parece, el imbécil aún no ha llegado. Con algo tendré que llenar el rato.

De pronto aparece un camarero.

—¿Cenará sola, señorita?

—No, seremos dos. Mi marido está a punto de llegar.

—Bien, sígame.

Atravesamos el salón hasta una mesa apartada, iluminada por la luz tenue de unas velas. Tiene vistas al mar, porque claro: aquí hasta la tristeza te la sirven con panorama.

—¿Querrá una copa de vino blanco mientras espera a su esposo?

—Sí, gracias.

Mientras espero, observo el vestido que he comprado en la boutique del hotel al salir del spa. Estoy fantástica; nada que ver con el aspecto lamentable que tenía cuando conocí a Joel en el aeropuerto.

Se va a cagar cuando me vea.

Ups. Perdón. Quería decir que le encantaré.

Verá el cañón de mujer que soy. Verá la clase de mujer que ha perdido por ser una sucia comadreja mentirosa.

Mi plan es sencillo: lo pondré cachondo durante la cena y después lo dejaré a dos velas. ¡Ja! Para que aprenda que con Andrea Jenkins no se juega.

Perdida en mis pensamientos, no me percato de que, a cierta distancia —demasiado cerca para mi gusto—, están Precious y su marido. Aparto la mirada sin disimular lo más mínimo y le echo un vistazo al reloj.

«Quince minutos tarde… qué impresentable».

Me bebo la copa de vino blanco de un solo sorbo.

A la primera le sigue una segunda. Luego una tercera. Y una cuarta. Y una quinta.

Cuanto más bebo, más me cabreo. Cada cinco minutos que pasan y Joel no aparece, me mosqueo más.

Hasta que pienso:

«¿Te has atrevido a plantarme, hijo de puta?».

Finalmente, cabreada y, lógicamente, borracha, me pongo en pie y, dando tumbos, me acerco a la mesa de la parejita.

—¡Mi marido vendrá, ¿vale?! —suelto, con un dedo amenazante en el aire.

Precious me mira como si yo fuese un oso y ella estuviera a punto de convertirse en carpaccio.

—¿No te parece precioso mi vestido? Ejejejeje…

Tras mi último chiste a cuenta de su nombre, me voy al baño. En cuanto entro, me desplomo sobre una de las lujosas tazas de váter.

No sé si lo que quiero es mear, llorar, mear y llorar o simplemente dormir la mona.

El caso es que, al bajarme las bragas para hacer pipí, me echo a llorar como una imbécil.

—¿Por qué coño estás llorando, Andy? —me pregunto entre sollozos, exageradísima.

En ese instante escucho abrirse lentamente la puerta del retrete contiguo. Trato de contenerme, pero no hay manera: sigo llorando como una demente.

Algunos segundos después, cuando el sonido del pipí de mi vecina cesa, una vocecita dulce dice:

—¿Te puedo ayudar en algo?

Por la voz diría que es una muchacha joven.

—¿Puedes rebobinar el tiempo? —balbuceo, arrastrando las erres.

—No, pero si necesitas hablar con alguien, puedo escucharte. Dicen que soy muy buena.

—¿Ah, sí? ¡Qué bien! Yo soy muy buena hablando… ¡Qué casualidad! —confieso con una alegría tan falsa que hasta a mí me da vergüenza.

—Sal y hablamos, anda.

—¡No! Estoy horrible… se me ha corrido todo el rímel.

—No importa. Sal y te lo arreglo.

—Está bien… —digo, y de repente desconfío—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Christie.

—¿Como Agatha?

—Sí. ¿Y tú?

—And… ¡Julie! —exclamo.

—¿Anjulie?

—No. Julie.

—¿Solo Julie?

—¡Julie! ¡Me llamo Julie!

—Vale, Julie. ¿Sales?

—Está bien, no mires… Espera que me suba las bragas.

—Buena idea.

Abro la puerta de la cabina y, antes incluso de presentarme, me veo reflejada en el espejo. Doy un grito.

Estoy horrorosa: parezco un mapache puesto de crack.

A mi izquierda está Christie. Es una jovencita realmente atractiva, de esas que lo tienen todo en su sitio. Y, por si no fuese suficiente provocación, va vestida de un modo sensual con el único objetivo —supongo— de enfatizar esa cara de inocencia.

En resumen: una chica diez.

Verla hace que me hunda en el pozo de mis inseguridades y me echo a llorar otra vez. Ella, con una paciencia que solo puede venir de haber consolado a borrachas antes, me ofrece un pañuelo, me aparta un mechón rebelde y me acaricia la espalda con dulzura mientras yo me sueno con una sonoridad que convierte el momento en una tragedia barata.

—¿Mejor? —pregunta tras unos minutos.

—Sí… mejor. Muchas gracias.

—De nada. Una nunca debería llorar sola.

—¡¿Verdad que no?! —digo, recuperando esa euforia de mentira que trae el alcohol.

—¿Puedo preguntar por qué te has puesto así?

Y entonces —incluso para mi sorpresa— se lo largo todo. Absolutamente todo.

Cuando termino, Christie se queda pensativa.

—Pues sí que estás en un buen lío.

—¡No debería habértelo explicado! —exclamo, recobrando de golpe el sentido común.

—No te preocupes. No diré nada. Ahora soy cómplice, ¿no? —sonríe, despreocupada.

«Con tu cuerpo y tu cara yo también me reiría», pienso, y a la vez me pregunto por qué le he contado mi vida a una completa desconocida.

—Lo siento muchísimo… No debería haberte dicho nada.

—No te preocupes, Andrea. No diré nada.

Me quedo tiesa.

—¿Andrea?

—Se te ha escapado antes —dice como si nada—. Y se te nota en la cara cuando mientes.

Genial. Encima de delincuente, mala actriz.

—¿No se supone que una aprende de lo que le pasa? —añade.

—Sí, eso dicen… ¿Qué se supone que debería aprender de esto? ¿Que follar en el baño de un aeropuerto nunca es buena idea?

—No, mujer. Lo más importante es el tema del dinero, ¿no crees?

—Bueno… eso también —digo, recordando de golpe que mi absurdo duelo con Joel no es más importante que haber robado un millón de libras a su hermano gemelo—. No sé qué hacer, la verdad. Será mejor que me vaya a dormir y mañana veremos.

—Sí. Será mejor que yo también me vaya. Mis padres me estarán buscando, son unos pelmas.

—¿¡Tus padres!? —exclamo—. ¿Has venido con tus padres?

—¿Con quién si no? Soy menor de edad. Sin ellos no puedo salir de Estados Unidos.

—¿Menor de edad? —repito, dando vueltas por el baño—. ¿Eres menor de edad?

Me cae el alma al suelo: la confesora de mis secretos más sucios es una adolescente.

—Tranquila, no te sulfures. No pasa nada.

—Sí pasa. Eres menor y yo un completo desastre… ¿Cómo se me ha ocurrido contártelo todo? ¡¿Cómo?!

—Estabas deprimida y yo he aparecido. Ya está. No le des más importancia. Ve a dormir y mañana hablamos.

—¡No! —exclamo—. Tengo que pensar.

—¿Pensar en qué?

—En qué diablos puedo hacer para solucionar esto.

—Bueno, Andrea… te dejo meditando. Mañana hablamos.

Christie sale del aseo y me quedo sola.

Tardo unos minutos en reaccionar, pero al final encuentro al culpable perfecto de mi error imperdonable.

Atención, porque voy a decíroslo como si fuera la presentadora de un programa sensacionalista estilo Big Brother, ¿de acuerdo?

Ahí va:

"Y el causante de todos mis males actuales es…" —aquí viene la pausa dramática— "…¡Joel Pierce!"

¿No aplaudís? ¿Nada? ¿Ni un poquito para levantarme el ánimo? Vaya.

Escuchad, digo: leed. Si no fuese porque el imbécil me ha dado plantón, yo no me habría ido de la lengua con una adolescente que podría ser mi hija. Está claro. Si no fuese por su culpa, yo ahora no estaría así: hablando sola. Hablándole a unos extraños que no sé ni quiénes son… lectores… guau.

«¿Pero a quién coño le importaría la historia de una cuarentona premenopáusica a la que se le ha ido la cabeza?», me pregunto mientras salgo del restaurante rumbo a mi habitación.

Mientras camino, se me viene a la mente una frase grandiosa:

"Quien quiera peces que se moje el culo".

«Sí, señor. Que se moje el culo», pienso al llegar a la puerta del bungalow.

—Joel, Joel… aún no sabes quién es Andrea Jenkins… —murmuro, esbozando una sonrisa diabólica antes de entrar—. Si quieres tu

parte del pastel, tendrás que ganártela. No pienso ponértelo fácil. Si quieres peces, vas a mojarte el culo…

Y eso es precisamente lo primero que veo al entrar: su culo.

El señor duerme a pierna suelta en la cama. ¡En mi enorme cama de matrimonio! ¡Y en pelota picada, nada menos! Como si estuviese en su casa.

«Qué poca vergüenza», pienso, mientras una mala idea se me cuela por la cabeza.

La sábana —simple atrezo— reposa a escasos centímetros por debajo de sus glúteos. Verlo así, tan… tan… tan apetecible me cabrea aún más, y sucumbo al poder de esa mala idea.

Voy hacia donde está mi bolso, meto la mano y localizo lo que busco. Lo cojo, sonrío para mis adentros pensando en lo mucho que voy a disfrutar y me acerco a la cama con una única intención:

Demostrarle quién manda.

# Capítulo 9

La mañana posterior a una cogorza de vino blanco siempre es horrible. Bueno, digo siempre por decir: no vayáis a pensar que amanezco a menudo con resaca… y mucho menos de vino blanco. Horrible. Horriblemente horrible, de hecho.

Los ruidos te molestan el triple, la luz es tu peor enemiga y cualquier cosa que te entra en el cuerpo lucha exageradamente por salir en cuestión de segundos. (Y no, con las pingas no se da precisamente el mismo caso). Lo que os decía: amanecer resacosa en un paraíso vacacional es un castigo elevado a la enésima. Sol, sol, sol, sol y más sol.

«¡Dios, que alguien apague la luz!», pienso nada más abrir un ojo.

De mal humor, un poco cabreada conmigo misma y aún mosqueada con Joel por el plantón de anoche, me pongo en pie, me desperezo e intento descubrir dónde está. Recorro el bungalow, pero no hay ni rastro. Y justo cuando estoy pensando que se ha largado sin decir nada, escucho un ruido en la terraza y salgo.

Ahí está.

Haciendo yoga… o lo que sea que está haciendo con un slip minúsculo que se lo marca todo.

«Caray con el saludo al sol», pienso, preguntándome si aún quedarán en él rastros de mi fechoría nocturna. Curiosa, le suelto:

—¿Has dormido bien? —Mi voz denota sorna clarísimamente.

—Sí, gracias. Siento no haber asistido a nuestra cita, me quedé dormido.

—¡No era una cita! —exclamo cabreada. «A ver si te vas a pensar que me dejaste plantada como si fuese una pringada». Improviso una trola increíble—. Me alegro de que no vinieses…

Se acerca un poco.

—¿Y eso?

«Ummm… huele increíblemente bien».

—Ayer conocí a alguien… fue muy especial.

—¿Nuestra primera noche en el hotel y ya andas poniéndome los cuernos?

—Es lo que tiene si no te presentas —digo, tratando de no mirar su paquete—. Además, puede que no parezca gran cosa, pero…

—¿Quién ha dicho que no eres gran cosa? —sonríe, dulzón.

—¡No me líes! Decía que tengo mi público, ¿sabes?

—No lo dudo, Andrea. No lo dudo… —dice, dándome la espalda.

Al verle la espalda me echo a reír por dentro.

«¡Te lo mereces, por plantarme!».

—Nada, es solo que será mejor que te acostumbres a llamarme Julie. ¿Entendido, Larry?

—Entendido, mujercita. Me voy a duchar y te invito a almorzar…

—¡No!

Se gira.

—¿Qué?

—No puedes ducharte.

—¿Por qué?

—No hay agua.

—¿No hay agua?

—No.

—¿Y eso cómo es posible? Llamaré a recepción.

—Ya lo hice yo —digo, rezando para que me crea—. Me dijeron que lo sentían muchísimo y que, si queríamos, usásemos la ducha del spa.

—Bien, en ese caso me acercaré al spa.

—¡No!

—¿Por qué?

—Porque si ahora te vas al spa nos perderemos lo mejor del bufé del desayuno…

—¿Y qué importancia tiene eso? Ve tú y yo me reuniré contigo.

—¿Cómo anoche?

—Está bien… Me vestiré, desayunamos y después me ducharé.

—Está bien, hagamos eso.

Satisfecha por haber conseguido que no se duche, regreso al interior y me visto. Imagino que os estaréis preguntando por qué tengo tantísimo interés en que hoy no se duche, ¿verdad? Pues paciencia. Lo sabréis dentro de muy poquito.

El bufé del desayuno se sirve —cómo no— en una terraza espléndida. El ambiente es inmejorable, lástima que mi cabeza no esté lo bastante católica para gozarlo en pleno. La luz matutina y el trajín del gentío están acabando con mi escaso buen humor… así que me agarro a lo único que me lo mejora: el recuerdo de la fechoría nocturna que le hice ayer a Joel mientras dormía.

Solo de pensarlo, se me curva la boca.

«A ver cuándo descubro mi jugarreta».

Estoy distraída planeando el momento perfecto cuando aparece Christie.

—¡Buenos días, coleguita! ¿Mejor?

—Eh… yo… Sí. Gracias por lo de ayer —digo, parca.

Joel la mira.

—¿No nos presentas?

—Sí, claro. Esta es Christie, también se aloja en el hotel —respondo, reseñando lo obvio.

Joel estira la mano.

—Encantado, soy…

Duda un segundo y acaba acertando.

—…Larry.

—¿Larry? —Christie se ríe—. ¿Ese Larry? —me guiña un ojo.

Joel frunce el ceño.

—¿Qué sucede aquí?

—Sé lo vuestro —responde Christie como si nada.

Joel se tensa.

—¿Que somos marido y mujer?

—O precisamente todo lo contrario, ¿no?

Joel la observa como si estuviera valorando llamar a seguridad.

—Perdona… ¿puedo preguntar qué edad tienes?

—Tengo quince años.

—¡¿Quince años?! —me sale del alma—. Dios… quince años…

Joel me clava la mirada.

—¿Qué sucede aquí, Julie?

—Puedes llamarme Andrea. Christie lo sabe todo.

—¿Todo?

—Sí, me lo explicó todo —añade ella, pavoneándose.

Joel se lleva una mano a la cara.

—¿Cómo se te ocurrió? ¿En qué pensabas, Andrea?

—¡No lo sé! ¿Vale? Si no me hubieses plantado, esto no habría sucedido…

Joel arquea una ceja.

—¿Así que Christie es la persona con la que pasaste esa velada tan especial anoche?

—Oh, qué mono… —Christie sonríe—. Para mí también fue especial conocerte. Sé que seremos superamigas. ¿Tienes cuenta en el face?

—¡No! —exclamo, poniéndome en pie.

Y, como si el universo disfrutara, aparece Precious.

—Así que este es tu marido —dice, señalando a Joel.

—Sí. Este es Larry —respondo, incómoda.

—Hola, Larry, soy Precious.

Joel se levanta y le planta dos besos espontáneos.

—Encantado de conocerte.

Precious nos mira con esa superioridad de "yo ya lo sabía".

—Imagino que vendréis a la excursión de hoy, ¿no?

Joel y yo hablamos a la vez:

—¿Qué excursión?

—La excursión a las ruinas.

—Mis padres van —añade Christie, de golpe.

Precious activa el radar.

—¿Y quién eres tú, jovencita?

—Una amiga de Julie —responde Christie, y me dedica una sonrisa que interpreto como: "¿Ves? No me voy a chivar".

Precious me ignora y se centra en Joel.

—Ah… qué amigas tan jóvenes tiene tu mujer… —y, sin soltarle—. Ven conmigo, por favor. Quiero presentarte a mi marido. Estoy segura de que tenéis muchas cosas en común.

«¿Como qué? ¿El blanco de los ojos, quizá?», pienso, muerta de risa por dentro, viendo a Joel intentar escabullirse de sus tentáculos.

—Yo, en realidad… ya me iba —murmura él.

—De eso nada, ¡hombre ya! —Precious lo agarra del brazo y se lo lleva hacia donde está Murray.

Acto seguido me quedo a solas con Christie.

—¿Por qué no me dijiste que tenías quince años? —insisto.

—No creí que fuese relevante.

—¡¿Que no era relevante?! —se me escapa la voz—. Vale… ya está hecho. Siento haberte involucrado en todo esto. ¿Puedo pedirte que lo olvides y que hagas como si no nos conociésemos?

Christie abre los ojos, ofendidísima.

—¿Y cómo vamos a cimentar nuestra amistad?

—¿Cimentar nuestra amistad? —repito, alucinando—. ¿Seguro que tienes quince años? ¿Dónde has aprendido a hablar así? Y lo de anoche… parecías mucho mayor.

—Es que soy actriz —hace una pausa teatral—. Bueno, lo seré.

—¿Cómo?

—Anoche, en el baño, solo actuaba. Fingía ser Serena Van der Woodsen.

—¿Serena qué?

—Serena Van der Woodsen. Es un personaje de Gossip Girl. Soy su fan número uno. Ella es tan…

—¿Comprensiva? —recuerdo su numerito de anoche.

—Exacto. Comprensiva y madura. Me encanta.

Resoplo.

—Está bien, Christie, Serena o como quieras llamarte. Esto nuestro no puede ser…

Christie alza la voz, dramática.

—¡¿Así que me utilizas y ahora me dejas tirada, eh?!

Varias cabezas giran.

—Baja la voz, por favor —susurro, tirando de ella del brazo.

De pronto, se ríe.

—¿Te ha gustado? Mis amigas dicen que tendría que trabajar mi registro dramático.

—Precioso —respondo con una sonrisa rígida—. Christie, creo que no entiendes la gravedad del asunto…

—Lo entiendo y me encanta —dice, separándose—. Te dejo, me voy con mis padres. Hablamos luego.

Se marcha dando brincos y yo me quedo más sola que la una.

Joel sigue hablando con Murray y Precious. Y no sé por qué, pero mi cabreo hacia él rebrota como una alergia.

Decido que ha llegado el momento de vengarme por el plantón de anoche.

Voy al bufé, me sirvo un vaso enorme de zumo de pomelo y regreso hacia donde están. Cuando estoy a escasos metros, calculo la distancia, me aferro al vaso y finjo resbalar con toda mi alma.

Objetivo: empaparlo.

Y así es. Joel acaba bañado en pomelo.

—¡Lo siento mucho, perdóname! —digo fingiendo como una bellaca.

—No es nada, no te preocupes. Ha sido solo un accidente.

—Dios, qué horror… pobrecillo —susurra Precious, lanzándome una miradita de las suyas.

—No sé cómo ha podido pasar. Yo venía con el zumo y…

—No importa, en serio. No te preocupes.

—Quítate la camiseta, será lo mejor —propongo rápidamente, deseando que pique.

—Sí, será lo mejor —añade Precious, encantada—. ¿Verdad, Murray?

—Verdad, Precious —responde Murray, con la elocuencia que le caracteriza.

Joel suspira.

—Está bien… me la quitaré.

Mientras se la quita, la zorra que vive dentro de mí danza victoriosa. Y entonces veo la cara de Precious… la suya y la de cualquiera que tenga ojos y sepa leer, porque en la espalda de Joel hay un mensaje precioso, grande y clarísimo:

“Quiero que sepáis que tengo la polla pequeñita”.

Toda una declaración, sin lugar a duda.

Ahora la pregunta importante es: ¿cuán permanente será la tinta del rotulador? Y, sobre todo: ¿tardará mucho en darse cuenta de que anoche le tatué?

# Capítulo 10

Mientras camino, camino y camino, me pregunto por qué los mayas construirían sus pirámides en lugares tan remotos.

El caso es que, después de tres horitas de viaje —con ferry incluido y un larguísimo recorrido montados en algo parecido a un autobús—, por fin estamos a punto de llegar a las malditas ruinas.

Estoy realmente cansada. Cansada de pies a cabeza, como si mi cuerpo, de repente, pesara una tonelada extra solo por fastidiar. Y, claro, con el cansancio viene el mal humor.

Joel camina unos metros por delante. Sigue enfadado conmigo. El muy imbécil, tan infantil como siempre, ahora se dedica a hacerme el vacío, como si eso fuera a importarme lo más mínimo. Para rematar la jugada, se ha enganchado como una lapa a un grupo de singles del hotel (al parecer están celebrando un encuentro) solo para dejarme de lado. Patético.

Yo, en cambio, hago como si nada. Como si no me importase. Aunque, vale: sí me importa. Se supone que le estoy pagando medio millón de libras para que se haga pasar por mi marido, no para ridiculizarme en público.

La llegada al destino me corta los pensamientos. Me planto delante de la pirámide y, de golpe, me sale del alma:

«¿Tanto revuelo por esto? Y ahora encima hay que subir hasta allí arriba. Venga, hombre, no me jodas. Los mayas ya podrían haber puesto escaleras mecánicas».

—¿No te parece algo realmente espectacular? —pregunta Precious, apareciendo de la nada, como un susto.

—Sin lugar a duda es… —hago una pausa, a punto de soltar un "preciosa", pero me reprimo; prefiero aguantar a Precious y Murray a pasar la excursión sola— espectacular.

—Efectivamente —dice, y se queda tan ancha.

Trago orgullo, que hoy lo llevo de postre.

—Oye, Precious… creo que empezamos con mal pie este viaje y quería decirte que siento mucho lo arisca que fui cuando nos conocimos.

«Y todo por tu culpa, Joel», pienso, resignándome a que ella me acompañe el resto del día.

—Acepto tus disculpas. ¿Subimos? ¿Vienes, Murray? —sonríe.

—Vengo, Precious —responde él, acercándose con ese entusiasmo suyo: ninguno.

A escasos metros, por delante, están Joel y su nuevo grupito riéndose a carcajadas. Y, de manera completamente inexplicable, ver que se lo está pasando tan bien me mosquea hasta tal extremo que una idea estúpida me atraviesa la cabeza:

Seré la primera en llegar a la cima.

Convencida, echo a correr pirámide arriba y subo los escalones de dos en dos.

Al pasar junto a Joel, me inclino y le susurro:

—Nos vemos en la cima, anormal.

Él me mira con indiferencia, como si oyera llover, y prosigue su animada conversación. Yo, asfixiada pero entregada al speed que me mueve por dentro, avanzo como si la vida me fuera en ello.

Uno, dos. Uno, dos.

Y, mientras subo, me motivo como una idiota, pero funciona:

Cuando esté arriba, ese imbécil no tendrá más remedio que rendirse y aceptar lo evidente: soy mejor que él. Así de simple.

Pero, justo cuando estoy a punto de culminar mi épica gesta, una extraña sensación de ahogo me corta por dentro. Me detengo en seco.

Y me desmayo.

Me desplomo como un saco de patatas.

Sumida en algún sueño raro, de pronto me transporto a Londres. A Burton Group. A mi mesa, junto al despacho de Gideon.

Ahí estoy: hecha un nudo, blancuzca, casi cadavérica, mirando con desesperación el calendario colgado frente a mí.

«¿Contando los días para las vacaciones?», pienso al observarme.

Entonces me veo bien la cara y reparo en algo inquietante: no soy exactamente yo. O sí, pero no la yo actual. La que está ahí, al borde de la catatonia, es una versión futura de mí: una Andrea envejecida, visiblemente maltratada por la vida.

Verme así —tan mal— me da un vuelco en el pecho.

Y recobro la consciencia.

—¡Que alguien me dé algo de beber, por Dios! —grito.

A mi alrededor están Joel, Precious y un montón de gente que no conozco. Me miran como si la maldita pirámide maya fuese yo. Como si hubieran hecho ese viaje solo para verme desmayarme… y cruzaran los dedos para que no fuese "solo un desmayo".

Lo veo en sus ojos: sensacionalismo puro. Quieren sangre. Quieren drama. Quieren, a ser posible, mi muerte con vistas.

—Ten, bebe —dice Precious, acercándome su cantimplora.

Bebo y hago una mueca.

—¿Solo agua? ¿Nadie tiene un chorrito de güisqui por ahí?

—Bebe y calla —ordena Joel, muy serio.

—Beberé si quiero, maridito.

—Bebe o te deshidratarás y tendremos que cargarte hasta el autobús.

—¿Eso es lo único que te preocupa? —me pongo en pie—. Beberé, pero porque me da la gana. No porque me lo digas tú. ¿Entendido?

—Tiene razón Julie… será mejor que bebas o te pondrás peor —añade Precious, apoyándole como la pelota rastrera que es.

—Mejor —digo, sin dar explicaciones—. Será mejor que baje y descanse en la sombra. Os espero junto al autobús.

—Tú sabrás, cariñito mío —remata Joel, con un mohín.

Precious se agacha para pasarme la mochila, tirada en el suelo.

—¿Estás segura de que estarás bien sola? ¡Jolín! ¿Qué llevas aquí? Pesa horrores…

La cojo y, sí: pesa una barbaridad. La dejo otra vez en el suelo y la abro, mosqueada.

«¿Será el calzado de repuesto?», me pregunto mientras revuelvo.

No necesito rebuscar mucho.

Piedras.

La mochila está repleta de piedras.

Me giro lentamente, conteniéndome para no prender fuego a la selva.

—¡¿Piedras?! —digo con una calma homicida—. ¡¿Has llenado de piedras mi mochila?!

—¿Yo? —se hace el loco—. ¿Por qué haría tal cosa?

—¡Para vengarte de mí!

—¿Vengarme? ¿Yo? ¿Por qué querría vengarme de ti, amorcito mío?

—¡Déjate de leches! Querías vengarte por lo que escribí en tu espalda y por eso has llenado mi mochila de piedras —concluyo, buscando la aprobación de los presentes.

El corrillo de cotillas —que hace un minuto esperaba mi colapso— ahora nos rodea a ambos como si estuviéramos representando una

escena. Versión turística de Apocalypto.

—Así que reconoces que escribiste eso en mi espalda, ¿eh? —dice Joel.

—Claro que lo hice.

—¿Y qué tienes que decir al respecto?

—¿Que lo siento? —me encojo de hombros.

—Esperaba algo un poco más… aclaratorio.

—¿Cómo qué?

—Quiero que te retractes.

—¿Que me retracte? —repito, como un loro.

—Quiero que le digas a toda esta gente que eso que escribiste en mi espalda es completamente falso —dice, sonriéndoles con la mandíbula apretada.

Yo lo miro y pienso: «Sé exactamente cómo voy a retractarme… pero no será ahora».

—Será mejor que me marche. Nos vemos más tarde.

Desciendo la pirámide maldiciéndolo a cada paso. Cuando por fin llego al autobús, exhausta, una idea genial se me enciende en la cabeza.

«Querías que me retractase, ¿no? Bien. Mañana todo el mundo sabrá que no tienes la polla pequeñita. Aunque no creo que te guste el cómo».

Sonrío, satisfecha con mi plan retorcido. Extiendo una toalla junto al autobús y me echo a dormir en la sombra hasta que el grupo regrese.

«Joel, Joel… no juegues con fuego, que te vas a quemar».

# Capítulo 11

De regreso al hotel, calculo la diferencia horaria con Londres y decido que es una buena hora para hacer una llamadita.

Cojo el teléfono, marco recepción y pido que me comuniquen con Burton Group Communications.

—Burton Group Communications, atiende Sarah. ¿En qué puedo ayudarle? —Su voz es casi robótica. Me la imagino blanca, tensa y rodeada de papeles. Otra secretaria más, víctima de este imbécil.

—Hola, Sarah. Soy Andrea. ¿Puedes hablar?

—¡Andrea! ¿Dónde te has metido?

—Estoy metida en un buen lío.

—Tu amiga Julie ha venido por aquí. Dijo que le robaste los pasajes de su luna de miel. ¿Es verdad?

—Tan cierto como que trabajamos para un completo gilipollas.

—Pero… ¿por qué?

—No lo sé, Sarah. Ni yo misma lo sé.

—¿Y ahora dónde estás?

—En Ambergris, en la bahía de San Pedro, junto a Belice.

—Está claro: te has vuelto loca.

—Un poco sí… —suspiro—. Te llamaba para preguntarte cómo está Gideon.

—¿Cómo te has enterado? —Su tono cambia, alarmado.

—¿Enterarme de qué?

—De la paliza.

Se me para el corazón.

—¿Qué paliza?

—Gideon está ingresado en el hospital. Le han dado una paliza.

Me quedo helada.

—¿Qué…? ¿Está bien?

—Está vivo, pero mal. Y… —hace una pausa— entonces, ¿por qué querías saber cómo estaba si no sabías lo de la paliza?

Trago saliva. La cabeza me va a mil.

«¿Y si esto tiene que ver con el cheque? ¿Y si, por no ingresar el dinero, he provocado algo?».

Improviso, porque es lo que mejor se me da:

—No sé… —miento—. Me vino a la cabeza. Supongo.

—Andrea… —Sarah suena preocupada de verdad—. ¿Qué has hecho?

—No lo sé —repito, con honestidad miserable—. Pero tengo la sensación de que todo se está complicando.

—¿Vas a volver?

—No puedo. No todavía.

—Julie está destrozada.

—Lo sé. Y lo peor es que lo merezco.

Sarah suspira al otro lado. Y, cuando vuelve a hablar, lo hace con una seriedad que me corta por dentro.

—Ten cuidado, Andrea. Gideon no se mete en líos pequeños.

Cuelgo con el estómago hecho un nudo.

Esa noche, en la cena, Joel está… raro. Distante. Como si llevara una espina clavada y disfrutara asegurándose de que yo la vea.

Yo también estoy rara, pero por otros motivos: lo de la paliza de Gideon me ha dejado tocada.

No decimos gran cosa. Comemos, bebemos y fingimos una normalidad que no existe. Y, mientras observo a otras parejas riéndose, me sorprendo pensando:

«¿De qué me sirve compartir con este imbécil el dinero si ni siquiera es capaz de mantener una conversación medio interesante?».

La respuesta me llega con una claridad peligrosa:

Mañana me largo de Ambergris con la pasta y lo dejo tirado.

La idea, para mi sorpresa, me tranquiliza. Hasta me hace sentir ligera.

Me sirvo más vino. Y, por inercia, también le lleno la copa a él. Sonrío. Sonrisa de tregua… con un cuchillo escondido detrás.

—Propongo un brindis.

—¿Ahora? ¿A santo de qué? —pregunta sin entusiasmo.

—Coge la copa y brindemos. Hagamos una tregua, Joel.

Me mira con desconfianza, pero al final la coge.

—Está bien. ¿Por qué brindamos?

—Por nosotros.

—¿Nosotros? —entorna los ojos.

—Por esta unión fugaz… y porque, al final de toda esta absurda historia, cada uno encuentre lo que está buscando.

Chocamos las copas.

—Amén a eso —dice.

Yo sonrío.

Y pienso: «Sí. Amén… y hasta nunca».

# Capítulo 12

El ambiente del bungalow es asfixiante. La tensión ha vuelto el aire cristal, y ese cristal amenaza con estallar en mil pedazos.

Estoy aterrada. No recuerdo haber sentido un miedo así.

Joel está atado a una silla frente a mí. Intenta fingir calma, pero se le ve el pánico en los ojos. Yo, por mi parte, trato de zafarme de las ligaduras, con las manos entumecidas y el corazón golpeándome en la garganta.

A unos metros, el intruso revuelve nuestro equipaje con una parsimonia irritante, como si estuviera ordenando un cajón. Busca el dichoso cheque.

De pronto, como una ráfaga, da media vuelta, se acerca y desenfunda un revólver. Apoya el cañón en la sien de Joel y, con tono de película barata, pregunta:

—¿Dónde están los chavos?

Me mira a mí, repara en que estoy amordazada y me arranca la mordaza de un tirón.

—¿Dónde? —insiste.

—El dinero ya no está aquí —digo, con la voz rota.

Entonces extiende el brazo… y dispara.

—¡Dios, no! —grito, fuera de mí.

El cañón se me pega ahora a mí en la sien.

—¿Dónde? —repite.

—¡Digo la verdad! ¡Lo ingresamos en un banco! ¡Créame!

—En ese caso usted y yo vamos a dar un paseo.

—Dios, Joel… ¡Ayúdale, por favor! —suplico llorando.

—Solo es un roce de bala. Vivirá —dice el tipo, como si estuviera hablando del tiempo.

—Pero está inconsciente. Y pierde mucha sangre…

—Lo sé. Y está bien que usted también lo sepa… así se apresura en entregarme el dinero.

—Pero…

—No hay peros. Date prisa o tu amigo se desangrará.

Me suelta.

Corro hacia la puerta… y, al girarme, ya no están.

Ni Joel.

Ni el intruso.

Me quedo de piedra, desorientada, con la respiración hecha trizas.

Y entonces, desde algún rincón imposible, escucho una voz conocida. Una voz tranquila, casi íntima.

—Tu conciencia te está jugando una mala pasada.

Me giro.

—Julie… —susurro, anonadada.

Ahí está. Como si fuera lo más normal del mundo.

—En efecto. Yo también estoy aquí.

—¿Pero cómo?

—Estás soñando.

—¿Soñando?

—Sí. Es tu inconsciente. Está intentando decirte algo.

—¿Qué?

Julie me mira con esa ternura que da rabia.

—No puedo decírtelo. Tú ya lo sabes. Solo te niegas a creerlo.

—¿Te refieres a que todo esto está mal? ¿A que robarle a Julie los billetes y la reserva fue una mala idea? ¿A que robarle el dinero a Gideon fue un error? ¿Crees que no lo sé?

Julie suspira.

—Lo que yo crea no importa. Lo importante es lo que crees tú. Saberlo marcará la diferencia.

—¡Sé que es un error! ¿Y qué? Ya está hecho. No puedo volver atrás.

—¿Tú crees?

—Si pudiera, no estaríamos aquí discutiendo.

Julie se acerca despacio, me abraza y me susurra al oído:

—Despierta.

Su voz se disuelve… y, en su lugar, ahora es Joel quien me susurra al oído.

Abro los ojos con un dolor de cabeza terrible.

Estoy en la cama.

Y Joel está a mi lado.

«Stop», me digo. «Rebobina».

«¿Estoy en la cama con Joel?».

Levanto la sábana y veo piel.

Demasiada piel.

—Despierta, dormilona —dice él, acariciándome la mejilla.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hago aquí? —me incorporo, horrorizada—. ¡Dios mío! ¡Tápate!

—¿Qué sucede?

—¡Estás desnudo!

—Y tú también.

—¡No, joder, no! Esto no puede haber pasado otra vez…

—Anoche no decías lo mismo.

—Anoche estaba borracha. ¡Eso es! Estaba borracha, así que no cuenta.

—¿Cómo que no cuenta?

—No cuenta.

Joel me mira con esa calma insoportable, como si la lógica fuese un deporte extremo.

—Ambos bebimos, sí. Pero cuando volvimos aquí estábamos conscientes.

—Está claro que yo no —me arranco la sábana y me tapo—. Voy a ducharme. Cuando salga hablaremos.

—¿Ahora te da vergüenza que te vea desnuda?

—Déjame en paz, estúpido.

Entro en el baño, me miro en el espejo y me digo:

«Andrea… ¿pero qué has hecho?».

Y, por si no fuese suficiente, mi conciencia añade, moralista:

«No te encariñes. No te conviene. Es como los demás: cuando menos te lo esperes, te dejará tirada».

Aun así, decido no huir sola con el dinero.

Aunque sea por interés —y menuda tasa de interés pago por sentirme “segura”—, seguiré con Joel mientras estemos en Ambergris.

Aunque eso signifique renunciar a quinientas mil libras.

Porque… ¿realmente hay alguien ahí fuera buscando ese dinero?

# Capítulo 13

La jaqueca me está matando y, para colmo, Joel parece haber recuperado el entusiasmo… justo para dedicárselo a otra.

En el bar del hotel, Deborah —una mujer de sonrisa perfecta y tetas con agenda propia— acapara su atención como si Joel fuese el último hombre sobre la tierra.

Precious, por supuesto, aparece para meter el dedo en el ojo.

—¿Qué tal, Julie? —pregunta con esa dulzura venenosa.

—De maravilla, buscando a mi maridito… —respondo, lanzándole una miradita a Joel.

—Os buscáis muy a menudo, ¿no? —se ríe—. Sois unos recién casados muy extraños.

—¿Y eso por qué?

—No, no, por nada…

Clavo la mirada en Joel. Él ni se inmuta.

—Maridito, ¿podemos hablar un segundo?

—Ahora estoy ocupado. Estoy hablando con Deborah.

La frase me atraviesa.

Cruel. Directa. Como una patada en el estómago.

Siento que, si me quedo, lo mato. Y a Deborah le arranco los implantes con mis propias manos. Una carnicería.

Así que me voy.

Salgo del bar con una rabia monumental y una necesidad urgente de venganza… y de aspirinas. Recorro el recinto sin rumbo, intentando

que el aire me enfríe la cabeza, pero solo consigue avivarme el cabreo.

Acabo frente a la farmacia del hotel. Entro. Me paseo por los pasillos buscando analgésicos y, en mitad de mi indignación, me topo con algo azul y precioso, colocado en una estantería como si me estuviera llamando por mi nombre:

Viagra.

Las pastillitas me miran desde su caja como si el universo me guiñara un ojo.

Me echo a reír.

Pago un frasquito y salgo con una idea brillante y retorcida.

«Qué mejor ocasión que la excursión al arrecife para “retractarme” del tatuaje, ¿no?».

«¿No quería que le dijese a todo el mundo que no tiene la polla pequeñita? Bien. Los hechos hablarán por sí solos».

La única duda es:

¿le gustará mi método?

# Capítulo 14

Esa noche vuelvo a hablar con Sarah. Necesito saber más de Gideon. Y, aunque me duela admitirlo, me preocupa.

La conversación es un golpe directo al estómago.

No sé exactamente qué está pasando, pero cada vez es más evidente que Gideon no es solo un "jefe imbécil" con ínfulas. Gideon huele a problema. A problema grande.

Y, cuando cuelgo, Joel suelta en voz alta lo que llevaba horas rondándome y que yo me negaba a pronunciar:

—Lo obvio. Te preocupa que le hayan pegado una paliza, pero no te preocupa robarle quinientas mil libras, ¿no?

Me quedo tiesa.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Mucho. Creo que le dieron esa paliza precisamente porque no ingresó ese dinero.

—Estás insinuando que…

—No lo insinúo. Lo digo: Gideon estaba metido en algo turbio y me utilizó como mensajero. Lástima que se equivocara radicalmente conmigo.

—Puede que yo también me haya equivocado contigo —le respondo.

—¿Y eso por qué?

—Porque pensé que eras buena persona… y estás demostrando ser todo lo contrario.

—¡Yo…! —empieza, indignado.

Me callo. Porque mi conciencia —la de verdad— me mete un bofetón silencioso.

«Puede que tenga razón».

«Puede que Joel esté en lo cierto».

«Puede que yo no esté haciendo más que comportarme como una cabrona».

La contundencia de sus palabras me desarma. Me hunde. Me deja sin fuerzas.

Y, sin poder evitarlo, me echo a llorar.

No el llanto bonito de las películas, no. El de verdad. El que te hace la nariz un grifo y te deja sin dignidad en tres segundos.

Joel se queda mirándome, incómodo. Como si no supiera qué hacer con una mujer llorando delante de él.

—No llores —dice al fin, como si eso solucionara algo.

—¡Ah, claro! Gracias por la idea —bufó, entre lágrimas—. No había caído.

Él baja la mirada. Y, por un instante, su silencio pesa.

—No quería decirlo así —añade, más bajo.

—Pues lo has dicho. Y lo peor es que… —me limpio la cara con la mano— lo peor es que lo has dicho bien.

Me duele admitirlo.

Me duele tanto que me da rabia.

—¿Habrá vuelta atrás? —pregunto, casi sin voz.

Joel no responde enseguida. Me mira como si estuviera intentando decidir si se cree o no lo que ve.

—Siempre hay vuelta atrás —dice al fin—. Otra cosa es que quieras pagar el precio.

Me quedo quieta.

Porque, por primera vez desde que empezó esta locura, entiendo que el precio no es solo dinero.

# Capítulo 15

Esa tarde, el sol cae como oro sobre el mar y el aire huele a sal… y a decisiones que no quieres tomar.

Estoy sentada mirando las olas, intentando ordenar mi cabeza, cuando noto a Joel a mi lado. No dice nada al principio. Solo se queda ahí, como si también estuviera peleándose con algo por dentro.

—Dudo que apostaras medio millón de libras si supieras que ibas a perderlo —dice al fin—. Eso me hace pensar que algo malo te pasó… para jugártelo tanto con tanta seguridad.

Me lo quedo mirando.

—¿Así que reconoces que quizá te equivocaste conmigo?

Él hace una mueca.

—Probablemente me equivoqué.

—Bien. Ese es un buen principio.

Me gustaría que preguntara algo más. Me gustaría contarle. Pero a la vez no. Es como si mi garganta tuviera una puerta y alguien hubiera echado el cerrojo.

—¿Y no vas a explicarme qué te sucedió? —insiste, con calma.

—Sería una lástima perdernos esta puesta de sol. Quizá en otro momento —respondo, cobarde y elegante a la vez.

Él asiente. No aprieta. No empuja. Solo se queda, dejando espacio.

Y, con esa luz naranja en sus ojos, yo pienso una cosa peligrosísima:

«Andrea, no sabes nada de él. ¿No va siendo hora de darle una oportunidad?».

Extiendo la mano.

—Hola. Me llamo Andrea Jenkins y estoy algo perdida. ¿Me ayudas?

Él me la estrecha con una sonrisa leve, sincera.

—Joel Pierce. Encantado de conocerte —dice, como si de verdad fuera la primera vez—. ¿Quieres cenar conmigo?

—Sí, quiero.

Y me sorprende pensar que, por primera vez en todo este viaje, esa respuesta no me da miedo.

# Capítulo 16

A la mañana siguiente, el hotel amanece con su glamour habitual… y mi vida amanece con una sorpresa que no esperaba.

Voy por el recinto con la sensación de que, quizá, por fin, el universo ha dejado de escupirme en la cara, cuando aparece Precious con esa expresión de "traigo noticias".

—Andrea… —dice, seria—. Tenemos que hablar.

—¿Qué pasa?

—De tu divorcio.

Me detengo en seco.

—¿Mi… divorcio?

—Ayer, cuando os animé a seguir adelante, no sabía nada de esto…

—¿De esto? —pregunto, tensa, sintiendo cómo se me enfría el estómago.

Precious me mira como si le doliera el drama ajeno, pero le encantara narrarlo. Ese talento.

—De lo que ha hecho tu marido.

—¿Qué ha hecho? —La voz me sale más alta de lo que pretendía.

Precious no se apresura. Se recrea un segundo. Lo justo para que yo sufra.

—Acostarse con esa chica…

Se me corta el aire.

—¿Con Deborah?

—No —dice, disfrutando un poco—. Con Christie.

Me quedo congelada.

Christie.

Quince años.

Me cuesta encajar la frase en el mundo real sin que me estalle el cerebro.

—Eso… eso es imposible —balbuceo—. Christie es una cría.

Precious se encoge de hombros, con una superioridad indestructible.

—Yo solo te digo lo que he visto, querida. Estaban anoche… muy juntos.

—¿Dónde? —pregunto, sintiendo que me tiembla todo.

—En la zona de hamacas, al lado de la piscina. Pensé: "mira qué rápido se les ha pasado la crisis a estos recién casados".

La miro con una mezcla de asco y pánico.

—Precious… ¿me estás diciendo que mi "marido" se acostó con una menor?

—No he dicho "acostarse" en sentido… —hace un gesto ambiguo—. He dicho "acostarse" de… acostarse.

—¡Eso no aclara nada! —exclamo.

Precious levanta las manos, ofendida.

—Oye, yo no tengo la culpa. Además, si tu marido es así, quizá te convenga saberlo cuanto antes.

Me muerdo la lengua para no gritarle que, si mi marido "es así", el suyo es un ficus con pulso. Pero no es el momento de filosofar.

—¿Lo viste tú sola? —pregunto, intentando agarrarme a algo.

—Lo vio medio hotel —responde, encantada.

Genial. Medio hotel.

Y yo, por supuesto, soy la única que no ve nada nunca a tiempo. Porque la vida es así: te enteras siempre cuando ya te han puesto el cuerno, te han robado el bolso o te han servido el vino caliente.

Me quedo un segundo en silencio, escuchando el mar a lo lejos y sintiendo cómo el lujo del resort me parece, de golpe, un decorado de cartón piedra.

—¿Dónde está? —pregunto, al fin.

Precious sonríe.

—¿Quién? ¿Tu marido?

—Sí. Mi "marido".

—En el bar. Con Deborah.

Claro.

Respiro hondo.

Y, en ese instante, decido dos cosas:

Voy a encontrar a Joel.

Si esto es cierto, lo voy a matar.

# Capítulo 17

Me quedo congelada.

Christie. Quince años.

La frase rebota en mi cabeza como una pelota de goma y no hay manera de atraparla sin que me deje un moratón.

Voy al bar casi corriendo, con el corazón en la garganta y una furia absurda en el cuerpo. No porque yo tenga derecho a enfadarme —que bastante tengo con mis pecados—, sino porque si hay algo que odio más que a un mentiroso es a un mentiroso con cara de "yo no he sido".

Y Joel, esa cara, se la sabe de memoria.

Lo veo desde la entrada: apoyado en la barra, demasiado cómodo, demasiado guapo, demasiado tranquilo. Deborah ríe a su lado, como si el mundo fuese una fiesta privada a la que yo no estaba invitada.

Me acerco y, sin pensarlo, disparo:

—¿Dónde está?

Joel gira la cabeza con una lentitud teatral.

—Buenos días, cariño.

—No me llames cariño. ¿Dónde está Christie?

Deborah nos mira como quien mira un reality.

—¿Christie? —pregunta Joel, fingiendo sorpresa—. ¿Qué pasa con Christie?

—Lo sabes de sobra —digo, apretando los dientes—. Me han dicho que anoche… que anoche te la tiraste.

Deborah abre la boca, escandalizada. Joel, en cambio, no se inmuta. Y esa calma me provoca ganas de romperle un vaso en la frente.

—Vaya —dice al fin—. Así que Precious ya ha empezado con su campaña.

—¿Es verdad o no? —le escupo.

Joel suspira.

—No.

—¿No?

—No. Y si me permites un consejo: deja de creer todo lo que te diga esa mujer.

Mi cerebro busca un lugar seguro donde agarrarse.

—¿Entonces por qué te han visto con ella? —insisto, porque la frase "lo vio medio hotel" aún me retumba.

—Porque me la encontré llorando. Porque es una cría. Y porque tú, Andrea, tienes un talento especial para meter la pata y luego sorprenderte de que huela a mierda.

—¡Qué bonito! —digo—. ¿Así que ahora también soy yo la culpable?

—No. Solo digo que, antes de volverte loca, preguntes.

—Ya he preguntado. Y tú estás contestando como un político: muchas palabras, cero claridad.

Deborah carraspea, incómoda.

—Perdonad… ¿yo debería…?

—Sí —decimos Joel y yo a la vez.

Deborah se va con una dignidad muy ensayada.

En cuanto se aleja, bajo un poco la voz. No por respeto, sino porque noto que estoy a punto de perder el control.

—Joel, escúchame. Christie tiene quince años. Quince. Si esto fuese cierto…

—No lo es.

—¿Y dónde está, entonces? ¿Dónde está ella?

Joel mira hacia la terraza.

—Está con sus padres. Y, para que lo sepas, la que está jugando a las muñecas con fuego eres tú.

—¿Yo? —me indigno—. ¿Yo por qué?

—Porque anoche la niña vino a buscarte. Dijo que quería hablar contigo. Y tú estabas ocupada… —hace una pausa, mirándome con intención— …siendo tú.

Me quedo tiesa.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que estabas bebida. Otra vez.

Me arde la cara.

—No estoy aquí para que me humilles.

—No te humillo. Te describo —dice, con una frialdad que me corta—. Y, si te preocupa Christie, empieza por no convertirte en el espectáculo del hotel.

Se me revuelve todo por dentro. Porque, aunque me joda, parte de mí sabe que tiene razón.

—Vale —digo, tragando saliva—. Entonces dime la verdad: ¿qué pasó anoche con Christie?

Joel apoya los codos en la barra y, por primera vez, baja un poco la guardia.

—La encontré sola. Estaba llorando. Dijo que te había contado algo… y que tú le habías pedido que te dejara en paz.

—¡Yo no…!

Me callo. Porque sí. Yo lo dije. En el baño, en el desayuno, en mi cabeza… lo dije de mil maneras.

—Me pidió que no te dejara sola —continúa—. Y, sinceramente, después de verte estos días… entiendo por qué.

Me quedo en silencio.

La rabia se me desinfla y deja sitio a algo más feo: culpa.

—¿Así que no te acostaste con ella? —pregunto, por si acaso mi vida necesita una confirmación extra para no derrumbarse.

—No, Andrea. No soy ese tipo de monstruo.

Me mira.

Y, por primera vez en mucho rato, no parece estar riéndose de mí.

—Bien —digo, con la voz más baja—. Bien.

Joel ladea la cabeza.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a pedirme perdón?

—No te emociones —contesto, automática—. Solo… —respiro— solo estaba asustada.

—Lo sé.

Esa respuesta me descoloca más que cualquier pelea.

—Vamos —dice—. Te invito a un café. Y, por favor, intenta no matar a nadie hoy. Me está empezando a dar pereza.

—No prometo nada —murmuro, pero lo sigo.

# Capítulo 18

El café llega a la mesa con una espuma preciosa y un olor que promete redención. O, como mínimo, un poquito de humanidad.

Joel se sienta frente a mí con esa calma suya, de "yo nunca me despeino", que me irrita y me tranquiliza a la vez. Yo le doy un sorbo y me quemo la lengua. Perfecto. Un castigo más para la colección.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta.

—Estoy viva, que ya es mucho.

—Eso depende del día —dice, y por primera vez suena… normal. Casi simpático.

Lo observo un segundo. Si me lo hubieran dicho hace una semana, habría jurado que alguien me estaba gastando una broma.

—Antes has mencionado a Cecile —digo, porque necesito hablar de otra cosa que no sea mi desastrosa gestión emocional—. ¿Quién es?

Joel baja la mirada, como si la palabra tuviera peso.

—Una mujer importante para mí.

—¿Tu ex?

—No exactamente.

Me quedo esperando, pero él tarda en continuar. Cuando lo hace, su voz es más baja.

—Sufrió un derrame cerebral.

Se me afloja algo dentro.

—Dios… qué horror.

—Lo fue —asiente—. Y lo peor es que te deja claro una cosa: la vida no avisa. Un día estás bien, al siguiente… —chasquea los dedos— ya

no eres tú.

Lo miro. Y, aunque me pese, no le veo pose. Le veo verdad.

—¿Y tú estabas con ella?

—Sí.

—¿Qué pasó después?

Joel se encoge de hombros, pero en realidad no se encoge de nada. Solo intenta que no se note.

—Aprendí algo.

—¿Qué?

—Lo importante que es vivir —dice, sin grandilocuencia—. Aprovechar el momento. La vida es un suspiro y hay que exprimirla.

Me quedo callada. Porque, aunque la frase podría sonar a póster de gimnasio, en su boca suena… a cicatriz.

—¿Sabes qué es lo peor? —añade—. Que cuando alguien así te toca de cerca, empiezas a medirlo todo. Las tonterías, las rabietas, los orgullos… y de pronto te parecen ridículos.

Me pica, claro.

—¿Me estás llamando ridícula?

—Te estoy diciendo que a veces te comportas como si el mundo te debiera una disculpa. Y quizá lo que te debe es una hostia de realidad —dice, y luego se corrige, mirándome—. Perdón. Un golpe de realidad.

—Qué fino eres cuando quieres —murmuro.

Él sonríe apenas. Y, sin avisar, se inclina sobre la mesa y me besa.

Primero con fuerza, con una pasión que me descoloca. Luego más despacio, con una ternura viciosa que me deja sin defensas.

Cuando se aparta, noto que quiero más.

Y eso me da rabia.

Porque yo, en teoría, no vengo a este viaje a querer nada. Vengo a sobrevivir.

—¿Esto también lo catalogarías como una violación, Andrea? —pregunta, provocador.

Le clavo la mirada.

—Esto, no.

Hago una pausa. Sonrío. Sonrisa peligrosa.

—Pero lo que te voy a hacer yo a ti… sí.

Levanto la mano, llamando al camarero como quien pide un arma.

—¡La cuenta, por favor!

Joel se ríe, encantado.

Y yo me digo por dentro:

«Bravo, Andrea. Has pasado de atracar un banco a convertirte en un problema emocional. Evolución».

# Capítulo 19

Llamo a mi madre porque, a pesar de todo, hay días en los que una necesita oír a alguien que te quiera… aunque sea a su manera.

El problema es que mi madre me quiere como un huracán: arrasa y luego pregunta si estás bien.

Marco su número desde la habitación, con la ventana abierta y el mar metiéndose en la escena como si todo fuese una postal. Yo, en cambio, estoy a dos frases de convertirme en un incendio.

—¿Andrea? —dice al otro lado, y ya noto el dramatismo afilando cuchillos.

—Hola, mamá.

—Así que tu amorcito se llama Gideon… —me suelta—. Siempre le habías llamado "gilipollas".

Me quedo rígida.

—¡Mamá!

—¿Qué? ¿Ahora resulta que no puedo hablar? ¿Es que tengo que pedirte cita previa para opinar sobre tu vida?

—¿Cómo sabes lo de Gideon? —pregunto, con un hilo de voz.

—Me llamó tu padre. O tu hermana. O alguien. Da igual. El caso es que lo supe. Y me he quedado helada.

—No es lo que parece.

—¡Claro! Nunca lo es. Nunca lo parece. Nena, tú eres como una película de misterio: no entiendo nada, pero me quedo hasta el final por si hay cadáver.

—Mamá…

—Bueno, te dejo porque creo que me voy a desmayar.

—¿Estás bien?

—¡Pues claro que no! ¡Me estoy muriendo! —responde, en el mismo tono que usaría para decir que se le ha roto una uña.

—Mamá, por favor…

—Andrea, escúchame: no me hagas disgustos.

—Si pudiera evitarlo, lo haría —murmuro.

—Y otra cosa: ¿qué es eso que me han dicho de que estás casada? —pregunta de golpe—. ¿Te has casado sin invitarme?

Se me atraganta el aire.

—No estoy casada. Es… complicado.

—¿Complicado? —resopla—. Si es complicado, es mala señal. Si es sencillo, también. En tu caso, todo es mala señal.

—No me ayudas.

—Te ayudo como sé, que es recordándote que no eres la primera mujer que se enamora de un imbécil. Pero podrías ser la primera que aprende.

Me quedo callada. Porque ahí, en medio del melodrama, ha colado una verdad.

—Mamá, no estoy enamorada —miento, con la poca convicción de alguien que ha besado hace una hora.

—Sí, claro. Y yo soy una bailarina de ballet —remata.

—¿Me vas a dejar hablar alguna vez?

—No, porque si te dejo hablar, haces cosas. Y luego me llaman para decirme que te han perseguido por Belice o por donde sea que estés.

—No me persigue nadie —digo, automáticamente, y en cuanto lo digo me arrepiento.

Silencio.

—¿Andrea?

—Nada. Olvídalo.

—¿Dónde estás?

—De vacaciones.

—¿De vacaciones? —se ríe sin alegría—. Andrea, hija, tú no vas de vacaciones. Tú vas a huir.

Trago saliva.

—Mamá, tengo que colgar.

—Claro. Cuelga. Pero escucha: si te pasa algo, llámame. Antes de que sea tarde. ¿Me oyes?

Por un segundo, su voz deja de ser un huracán y se convierte en madre. Madre de verdad.

—Sí, mamá. Te oigo.

—Bien. Y ahora te dejo porque, de verdad, me estoy desmayando.

Y cuelga.

Como si acabara de lanzar una granada emocional y se hubiera ido tranquilamente a regar las plantas.

Me quedo mirando el móvil, con la sensación de que, en el fondo, mi madre tiene un superpoder: convertir cualquier conversación en una amenaza y un abrazo a la vez.

Respiro.

Y me digo:

«Vale. Hoy no voy a huir. Hoy, al menos, voy a intentar no empeorarlo todo».

No prometo nada, pero lo intento.

# Capítulo 20

La noche en Belice es cálida y la compañía, buena. Ahora me siento tranquila; mucho más que después de haber hablado con mamá. Estar con Joel me da paz. No sé si porque me siento protegida o porque me aporta serenidad. De un modo u otro, estoy bien.

Durante largo rato paseamos junto a la playa, por el paseo marítimo que se extiende del espigón rompeolas al puerto deportivo. El sonido de la música, la luz de los neones de los establecimientos y la brisa del mar invitan a gozar del ambiente vacacional que lo inunda todo.

Aunque parezca mentira, hasta hoy no he conseguido desconectar ni un solo segundo de mi complicada situación. Desde el principio la culpa me ha perseguido y no he tenido ni un minuto de tregua. Es como si la susodicha se hubiese propuesto, con todas sus fuerzas, fastidiarme el «viaje». Y lo ha conseguido. No lo negaré. Hasta hoy.

En las últimas horas algo ha cambiado, aunque no sé exactamente qué. ¿O sí? Quizá sí lo sepa. Puede que aceptar la situación y decidir hacer lo correcto me hayan llevado a este extraño estado de calma. Posiblemente sea eso.

En relación con Joel… no sé. Aun ando un poco perdida. Todavía no sé de qué va esto nuestro; en realidad, no estoy segura de que haya un «nuestro». Quizá tan solo haya sido sexo. Apasionado, excitante y adictivo sexo. Nada más que eso.

«¿Eso hace que exista un “nosotros”, algo que merezca el nombre de “nuestro”?», me pregunto, a la vez que valoro si sería un paso en falso cogerle la mano.

Al final, sin darle demasiado crédito a la idea, la desestimo e inicio conversación:

—¿Y si ese agente de seguros en realidad es quien le hizo una cara nueva a tu hermano?

—No puedes estar segura de que lo sea…

—Ni de que no lo sea —añado, cortándole.

—Claro. Eso tampoco lo sabes.

—Entonces, ¿qué?

—No te queda otra que esperar.

—¿Esperar a qué? —pregunto, un pelín exasperada por la tranquilidad con la que aborda el asunto.

—Esperar a que ese misterioso agente de seguros se presente en el hotel a reclamar el dinero o esperar a que nuestra estancia aquí termine.

—¿Y entonces qué?

—Le devuelves el cheque a mi hermano y santas pascuas.

—¡¿Santas pascuas?! ¡¿Y ya está?!

—Sí, claro. ¿Qué más esperas que suceda al final de este periplo?

—No lo sé… estoy confusa.

—¿Confusa respecto a qué?

—¿Puedo ser franca contigo? —pregunto, valorando si serlo o no serlo.

Sé que, cuando me abra, ya no habrá vuelta atrás. Aun así, respiro hondo y decido abordar la conversación de una vez por todas.

—Sí, claro —responde, arqueando las cejas en lo que interpreto como un gesto de expectación.

—El caso es que… de algún modo ha habido un antes y un después en esta historia.

—¿Un antes y un después? —pregunta, confundido, intentando seguirme.

—Sí. Al principio te detestaba y ahora… —hago una pausa mínima, para dosificarlo—. Ahora te detesto mucho menos.

—Vaya, qué sorpresa. Eso es una buena noticia, ¿no? «Andrea: corazón de hielo» me detesta mucho menos. Entiendo que, tratándose de ti, es un avance importante en nuestra relación.

—¡Eureka! —exclamo de repente—. ¿Qué tipo de relación tenemos exactamente? Esto ya no se trata de un «intercambio», ya no hay dinero de por medio. Solo…

—¿Sexo? —añade él.

—Sí. Eso es: sexo.

—Es decir… —dice, meditando—. ¿Somos dos personas adultas libres que disfrutan de sus cuerpos? ¿Esa es la relación que tenemos?

—Podría decirse que sí —respondo, aliviada… pero a la vez decepcionada.

«Me decepciona que solo lo considere sexo. Es decir, no quería una declaración con todas las letras, pero… ¿solo sexo? ¿A qué me reduce eso? ¿A carne? ¿Soy solamente carne? ¡¿Solo un agujero en el que meterla?! ¡¡¿Eso es lo que soy para Joel?!!».

Súbitamente mi humor varía y, en décimas de segundo, regreso a mi estado habitual: cabreada con el mundo.

—¡Vayamos a ese bar! —exclamo, imperativa.

—Está bien, vayamos, pero…

—Cállate.

Cruzamos la calle esquivando los pocos vehículos que circulan por la avenida y, en cuestión de segundos, estamos dentro del bar musical. Corro hasta la barra y pido una tabla de chupitos de tequila. Joel se queda detrás sin entender nada. Hace veinte minutos quizá me hubiese molestado en explicárselo, pero ahora me da igual. Ahora solo quiero beber. Beber y encerrar, en un estúpido paréntesis, esos absurdos sentimientos que me habían hecho sentirme atraída por semejante espécimen.

En cuanto tengo la tabla delante, cojo uno y me lo bebo de un sorbo. Sin darle tiempo a que cumpla su objetivo, me bebo el segundo y el

tercero. Lamo la sal de mi muñeca y muerdo el limón para atenuar el escozor del tequila en la boca.

Joel observa la escena, desorientado.

«Que te jodan, chavalín», pienso, y me lanzo a la pista de baile.

Una vez allí, me dejo llevar por el ritmo y contoneo el cuerpo todo lo seductoramente que soy capaz. En segundos tengo a mi alrededor cuatro moscones.

«Perfecto».

Busco a Joel con la mirada y, cuando compruebo que no me quita ojo, selecciono a uno de los chicos y lo elevo a la categoría de mi pareja de baile.

El muchacho en cuestión es un fornido mozalbete de veintipocos. Musculoso, increíblemente apuesto, piel tostada por el sol, ojos profundamente oscuros, pelo moreno rizado casi afro: un bellezón caribeño. Y todo para mí solita.

«Soy toda una señora Robinson junto a este yogurín», pienso, mientras froto mi cuerpo contra el suyo al ritmo de la canción.

La música suena con estridencia y me duele la cabeza por culpa del tequila. Las luces me desorientan, pero me da igual. Sigo bailando. Me muevo lascivamente, provocando. Provocándole. Debo confesar que me excita. De algún modo, esta versión sucia de mí me estimula. Comportarme así frente a él me está poniendo caliente.

«¿Seré una exhibicionista?», me pregunto, enroscándome en el mozalbete, buscando más; tratando de provocarle a él y, por extensión, a Joel, que no nos quita ojo.

La canción termina y nuestros cuerpos se separan. De reojo veo a Joel aproximarse.

—¡Guau, mamita! ¡Qué rico te mueves! —exclama el chico, con la respiración entrecortada—. Me llamo Gabriel. ¿Y tú?

—Andy —respondo, dándole dos besos.

Reconozco que es liberador no tener que decir que me llamo Julie.

«Qué gran alivio dejar de mentir».

La música vuelve a arrancar y siento unas manos por detrás: es Joel.

—¡¿Qué estás haciendo?! —pregunto, arisca.

—¿No quieres bailar conmigo? —me susurra al oído, a la vez que una de sus manos acaricia uno de mis pechos.

—Estoy bailando con mi nuevo amigo —digo, señalando a Gabriel.

—Está conmigo, colega —añade Gabriel, tirando de mí hacia el otro extremo de la pista.

«Dos hombres peleándose por mí. ¿El mundo se ha vuelto loco?».

Sin más, me dejo llevar y sigo bailando con Gabriel. Ahora el ritmo es más tranquilo y nuestros movimientos, más lentos.

A lo lejos, bajo la luz multicolor, veo cómo Joel saca a bailar a una chica. Mejor dicho: saca a bailar a la chica. La muchacha parece un ángel caído del cielo. Cuerpo escultural, proporciones perfectas, piel fina como la seda, cara de muñeca de porcelana… una mujer de bandera.

«El muy…». Sin concluir el pensamiento, me aferro a mi adonis y acerco nuestros pasos hacia donde están ellos. Cuando estamos a escasos centímetros, me percato de que Joel me mira y sonríe, socarrón.

«¿Acaso cree que me pondrá celosa?».

Con garbo digno de una Mata Hari, hago girar al mozalbete entre mis brazos y remato el paso cogiéndome con fuerza a sus glúteos. Por encima de su hombro derecho, observo a Joel, temiendo que copie mis movimientos. Y, cómo no, desliza su mano por la espalda de la muchacha y esta —como la furcia barata que es— se apretuja contra él, dándole carta blanca para que le manosee el trasero.

«Será puta…».

Para alejar esos pensamientos poco productivos, me concentro en la letra de la canción que suena: «Esto es entre tú y yo; bailando; sudando; tranquila que la noche está empezando…». Y nunca mejor dicho. Estoy sudando la gota gorda. No sé si por el tequila, por el calor, por la temperatura que desprende mi cuerpo o por el cabreo que me estoy pillando, viendo cómo una zorrupia ronea con Joel.

Sea por uno de esos factores o por todos a la vez, el caso es que sudo como una perra.

«¡Ni spinning ni leches! Un bailecito arrimada a un yogurín y adiós a las calorías sobrantes. Pienso exportar esto en cuanto vuelva a Londres…».

Mi pensamiento vuelve sin control: de aquí a allá. Del presente al futuro; de la pista de baile a la habitación de la pensión; de la conciencia a la inconsciencia…

«¡Dios, qué mareo!», es lo último que pienso justo antes de que alguien apague la luz.

# Capítulo 21

Estoy sentada en una sala de reuniones, esperando.

«Pero ¿esperando qué?», me pregunto, ansiosa.

Horriblemente desorientada, no puedo quitarme de encima la sensación de estar viviendo un déjà vu. Las sillas, la mesa, los cuadros… Todo me resulta familiar. Sé que he estado aquí.

Mientras espero, reparo en que llevo un maletín. Mi maletín. El maletín de las entrevistas.

—¡Eso es! —exclamo en voz alta.

«Otra vez estoy soñando», pienso, cayendo en la cuenta de que estoy soñando con el día en que conocí al gilipollas de Gideon. El día en que me contrató como su secretaria.

De repente, la puerta de la sala se abre y entra él. La copia idéntica de Joel. Se aproxima despacio, como si le costara, y sin decir nada se sienta en una de las sillas libres a mi izquierda.

Su expresión es extraña: una mezcla de sorpresa y dolor. Me observa unos segundos y finalmente extiende la mano.

—Gideon Pierce.

—Andrea Jenkins. Encantada, señor Pierce —respondo, cohibida.

Sigue mirándome de una manera rarísima.

«Parece que haya visto un fantasma», pienso, incómoda, revolviéndome en la silla.

—¿Ha traído algún currículo? —pregunta, evitando mi mirada.

—Sí. Aquí tiene —abro el maletín, saco uno y lo deslizo sobre la mesa para que le eche un vistazo.

Estoy nerviosa, salta a la vista. Ese hombre me incomoda de un modo difícil de explicar.

—Está bien, puede marcharse —dice, dando por concluida la entrevista más corta de mi historia.

—¿Ya estamos? —pregunto, intentando no sonar arisca.

—Eso es lo que significa exactamente: que puede marcharse —se pone en pie—. Confío en que encontrará la salida usted sola.

Y, sin más, se larga.

Me entran ganas de gritarle que es un capullo y un maleducado, pero me reprimo. Recojo mis cosas y salgo.

Recuerdo perfectamente que pensé que no me contrataría. Sin embargo, tres días después empecé a trabajar en Burton Group como su secretaria.

Y entonces me pregunto por qué estoy soñando precisamente con esto. ¿Qué relevancia tiene ahora que Gideon fuese un imbécil desde el minuto uno? Quizá mi mente esté comparando a Joel con Gideon. Quizá mi inconsciente se empeñe en recordarme que, por muy "mono" que sea uno, ciertos comportamientos vienen de serie.

Atravieso la puerta… y aparezco junto a mi mesa, a escasos metros del despacho de Gideon. La puerta está entreabierta. De dentro sale un grito:

—¡Cecile! ¡El café es para hoy!

«¿Cecile? ¿De qué me suena ese nombre?», me pregunto justo cuando caigo en que sostengo una taza de café.

Avanzo hacia el despacho y abro la puerta por completo. Gideon está rodeado de papeles, concentrado.

—Tenga, su café.

Lo dejo sobre la mesa y me quedo quieta, esperando un "gracias". No llega. En su lugar, me mira con asco y pregunta:

—¿Quieres algo?

—No, nada.

—Pues márchate, estoy ocupado —hace una pausa y añade—. Ah, Andrea: la próxima vez que tenga que repetirte algo, estás despedida. Y deja que te diga una cosa: no busques trabajo como camarera. Serías pésima.

Salgo del despacho cabreada y humillada, y me echo a llorar.

«Caray, qué sueño más real…», pienso.

Corro al aseo y, al abrir la puerta, me despierto.

Estoy en la cama, en la habitación de la pensión. Levanto las sábanas y compruebo que tengo la ropa interior puesta.

—Uf…

El sonido de la ducha responde a la otra pregunta: ¿dónde estará Joel?

Con el absurdo enfado de ayer ya disuelto —baile, tequila y amnesia selectiva— me acerco al baño con renovado humor.

—¿Cabe uno más en esa ducha?

—¡Claro que sí, mamita! —responde una voz que no es la de Joel.

—¡¿Tú?! —me llevo las manos a la cabeza.

Gabriel asoma, tan fresco.

—¿Qué pasó, mi chanquita? —pregunta, sorprendido por mi reacción.

—¡¿Tú y yo hemos…?!

—Le hemos dao duro, mamita.

—¡No puede ser! ¡Tengo las bragas puestas! —protesto, agarrándome al argumento más absurdo de la historia.

—Te la eché pa un lao y gozamos, mi gatita —responde, y encima me lo ilustra con una erección imponente.

—¡Por el amor de Dios, tápate!

—¿Qué pasó? ¿No querías ducharte, mi linda?

—¡Tápate! —repito, porque mi cerebro se ha quedado sin sinónimos.

Mi tono se eleva y, por fin, Gabriel entiende que no estoy jugando. Sale de la ducha y se dirige a la habitación.

—Necesito que te vistas y te marches.

—Caray, qué genio tiene mi tigresa… —murmura, mientras se seca.

Yo me quedo en el baño, intentando recordar qué demonios pasó anoche después de que alguien "apagase la luz".

«¿Qué narices hice? ¿Es verdad que me acosté con Gabriel?».

La respuesta parece obvia. ¿Por qué iba a mentirme? Lo peor es que no es tanto el "qué" como el "por qué": ¿por qué me siento culpable… y, encima, avergonzada?

—¿No sales a darme un besito, rosita bonita? —pregunta desde el otro lado.

—No.

—¡Qué gatita más traviesa estás hecha, mi amol!

—¡Lárgate!

—Está bien, me marcho. Te dejo mi número por si… ya sabes.

Oigo la puerta. Por fin.

Exhalo.

«Al fin sola».

Me quito la ropa interior para ducharme. El agua fría me cae encima… y, como un relámpago, vuelven imágenes a mi cabeza. No

de Gabriel. De Joel. De nosotros. Aquí. En esta habitación. Hace horas.

Y eso, por mucho que me fastidie, lo empeora todo.

Salgo de la ducha, me seco y vuelvo al cuarto contiguo con prisa, como si correr pudiera borrar el error.

Me siento en la cama y me obligo a decidir:

¿me marcho al hotel o me quedo a esperar a Joel?

Durante unos minutos observo la decoración deprimente de la estancia y le doy vueltas a la misma idea: esto lo he provocado yo. Yo fui quien empujó la conversación a "solo sexo". Yo le forcé a decirlo. Y ahora… ¿qué esperaba? ¿Que me leyera la mente y me hiciera una declaración?

Veo el papel con el número de Gabriel. Lo arrugo y lo lanzo al bolso, como si con eso bastara.

Recojo mis cosas y bajo a la recepción a devolver la llave y pagar.

—Su amigo pagó a primera hora —explica la mujer.

—¿Puedo dejar algún mensaje? —pregunto, intentando que no se me note.

—Dijo que no se preocupara por él. Que se volverían a ver pronto.

—¿Eso es todo?

—No dijo más, señorita.

—Gracias.

—A usted. Pase un buen día.

Salgo de la pensión y camino hacia el puerto en busca de un ferry que me acerque a Ambergris.

Mientras avanzo, la culpa vuelve con puntualidad británica. Y, en mitad del batiburrillo mental, veo el ferry a punto de zarpar.

—¡Esperen, por favor! ¡Esperen!

Corro los últimos metros y subo casi sin oxígeno. Subo a la cubierta superior, me desplomo en un banco incómodo y, haciendo caso omiso a mi yo responsable, enciendo un cigarrillo.

La nicotina me relaja lo justo para que mi cabeza cambie de pregunta.

Primero:

«¿Volveré a ver a Joel?».

Y, de pronto, la que de verdad importa:

«¿Dónde narices está el cheque?».

# Capítulo 22

Ya en el hotel, recorro a zancadas la distancia que separa la recepción del bungalow. Necesito llegar cuanto antes para comprobar si Joel está dentro.

Abro la puerta. Nada. Corro al dormitorio: sus cosas siguen ahí. Durante una fracción de segundo me alivia y me digo: «Volverá». Pero enseguida me asalta lo obvio: «¡¿Para qué necesita el equipaje si tiene un millón de libras?!».

Me desplomo en la cama y rompo a llorar.

«¿De verdad me ha robado? ¿Ha sido todo un plan retorcido para quitarme el dinero?».

No me da tiempo ni a contestarme. Repaso mentalmente lo ocurrido y llego a otra conclusión, tan evidente que me avergüenza estar dudando: «Si hubiese querido robarme, ha tenido un sinfín de oportunidades. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?».

Me incorporo de golpe.

—¡Gabriel!

Su nombre me sale como un fogonazo, violento.

—¡Será cabrón!

Vuelvo a dejarme caer y valoro si don sabrosón me ha robado el cheque.

«¡Pues claro que sí, estúpida!», me digo. «¡Claro que pudo robarlo… dejaste el maldito cheque sobre el escritorio de la pensión!».

Aun así, cojo la maleta de Joel y la revuelvo, buscando no sé qué. «¿Qué clase de pista voy a encontrar entre sus cosas?», me pregunto mientras lo pongo todo patas arriba.

Cuando estoy a punto de rendirme, algo me llama la atención: una fotografía. La tomo entre las manos y digo en voz alta:

—¿Qué diablos significa esto?

En el reverso hay una dedicatoria:

«Allá donde estés, recuerda que siempre estaré contigo. Siempre te querré».

Está firmada por Cecile.

«Cecile…», pienso, sentada en la cama con la foto aún en la mano.

Llaman a la puerta.

—Adelante.

Es Christie.

—¡Al fin! —se acerca—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —pregunta, captando en décimas de segundo que algo va mal.

—Christie, ahora no es un buen momento.

—¿Qué es esto? —me arrebata la foto—. ¡Guau! ¡Es clavada a ti! ¿Quién es?

—Cecile…

—¿Y quién es Cecile? —lee por detrás, extrañada.

—La esposa difunta de Joel.

—¡Qué cagada! —suelta, sin filtro—. ¿Eso es lo que te pasa?

—No. De esto me acabo de enterar.

—Entonces ¿qué sucede? ¿Dónde está Joel?

—No lo sé. Nos separamos en Belice.

Christie se sienta a mi lado.

—Vale… ¿Quieres que haga de Serena un rato para ti? Puede que te vaya bien.

—Prefiero estar sola.

—No pienso dejarte sola, y menos así.

—¿Así cómo?

—En fase suicida.

—¡Yo no pienso suicidarme!

—Nunca se sabe… —añade como si nada—. En fin, venía a decirte que lo siento.

—¿El qué?

—Lo de Joel y yo. No creí que la cosa llegara tan lejos.

—¿Entre Joel y tú? No entiendo.

—Me refiero a que fui diciendo por ahí que Joel y yo estábamos liados. Y luego… mi tía Deborah nos pilló en la playa.

—¡¿Os pilló?! ¡¿Os pilló cómo?!

—Nada, una tontería. Yo estaba llorando porque Chuck —el chico que me gusta— me dio plantón, apareció Joel, se sentó conmigo, me consoló y me abrazó. Eso es todo.

—¿Entonces?

—Deborah nos vio y, cuando volví a mi cuarto, me increpó.

—¿Y?

—Le dije que Joel y yo estábamos saliendo.

—¡Christie! Tienes quince años. ¿No pensaste que podías meter a Joel en un lío?

—No se me pasó por la cabeza… —hace un gesto dramático—. Estaba interpretando a Katherine Heigl en Mi padre, ¡qué ligue!.

—¿Eh? —la miro, descolocada.

—Sí, la peli esa de Gérard Depardieu, en la que la hija va diciendo por ahí que es su amante…

Me pongo en pie.

—¡¿De qué estás hablando?!

—Pensé que sería divertido fingir que era mi amante. Eso es todo. Tú finges que es tu marido, ¿qué diferencia hay?

—¡Mucha! ¡Hay mucha diferencia!

—¿Por ejemplo? —se levanta e imita mis movimientos.

—¡La edad! Por ejemplo…

—Ese es un pequeño detalle. Algo que con el tiempo pasa.

—¡Christie, eres una niña!

—¡No soy ninguna niña! —se pone hecha una fiera—. ¿Crees que este es el cuerpo de una niña?

Y, sin más, se quita la camiseta y se queda en topless.

—¿Pero qué estás haciendo? ¡Vístete!

—¿Qué pasa? ¿Tienes envidia?

—Por el amor de Dios, ¡vístete ahora mismo, Christie! —espeto, furiosa.

Durante un segundo estoy a punto de confesarle que sí: que un cuerpo como el suyo podría dar envidia a cualquiera. Pero me callo. Esta niña lo interpretaría a su manera y solo Dios sabe cómo acabaría el absurdo.

Más dócil, recoge la camiseta de la cama y se la pone.

—¿Qué tal lo he hecho? —pregunta de repente, riéndose.

—¿Hacer qué? —estoy completamente desubicada.

—La escenita. ¿Qué tal lo he hecho? ¿Crees que ha sido demasiado sobreactuado?

—¡Christie, ya vale! —le grito—. No tengo tiempo para esto. ¡Alguien me ha robado el cheque!

—¿El del millón de libras?

—¡¿Cuál si no?!

—¡Ostras, qué cagada, tía! ¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé… —confieso, desesperada—. ¿Alguna idea?

Se le iluminan los ojos.

—Deberías actuar conmigo en la función de esta noche.

—¿Qué función?

Me explica que el hotel ha preparado un concurso de talentos para las personas huéspedes y que se celebra esta noche, después de la cena.

—Christie, ¿no has escuchado nada de lo que te he dicho? Tengo problemas. Y de los gordos. ¿Cómo voy a apuntarme a semejante ridiculez?

—Si lo haces, le diré a todo el mundo que me inventé lo de Joel —suelta de sopetón.

—A eso se le llama chantaje, pequeña mocosa.

—Y a tu situación se le llama desesperada. ¿Lo harás? Piensa que, si haces esto por Joel, probablemente perdone tu desliz con ese Gabriel.

Puede que tenga razón. Es posible que Joel me perdone lo de Gabriel si le ayudo a limpiar su fama de "pederasta". Y, ahora mismo, no puedo hacer mucho más que esperar… aguardar a que Joel regrese y confirme mis temores diciendo que él no tiene el cheque. En ese caso, estaré completamente jodida.

—Está bien. Lo haré.

—¡Estupendo! —Christie aplaude—. Yo te ayudaré a preparar un número.

# Capítulo 23

Christie decide que mi número “ideal” será una interpretación dramática. Porque, según ella, “yo ya parezco una actriz sufrida por defecto”.

Gracias, Christie.

Me arrastra hasta el bungalow como si fuese mi representante y yo, su inversión. En el camino me repite el plan con una ilusión que me asusta:

Yo hago un monólogo.

Ella hace de “apoyo escénico”.

El público llora.

Joel se enternece.

Joel me perdona.

Todos aplauden y me vuelvo una persona nueva.

—¿Y no existe un plan sin pasos tan suicidas? —pregunto.

—No.

En el bungalow, Christie abre mi maleta como si fuese su camerino.

—Necesitas vestuario.

—Necesito que aparezca Joel con el cheque, no vestuario.

—Eso también. Pero mientras tanto, ponte esto.

Me lanza un vestido que yo jamás elegiría en mis cinco vidas. Me lo pruebo y me miro al espejo con cara de funeral.

—Parezco la viuda alegre.

—Perfecto. Ese es el mood.

—¿El qué?

—El estado mental. Concéntrate, Andy.

—No me llames Andy.

—Vale, Andrea. La mujer que robó un millón de libras y aun así se permite poner exigencias.

Resoplo. No puedo creer que haya aceptado esto.

Christie se coloca delante de mí con un folio en la mano.

—He escrito un texto.

—¿Tú has escrito un texto? Dios nos asista.

—No seas prejuiciosa. Lo he hecho con el corazón.

—Eso es lo que me preocupa.

Me lee el monólogo. Es una especie de tragedia romántica en la que una mujer pierde al amor de su vida por culpa de su orgullo y de un error "imperdonable".

El error imperdonable, por supuesto, en su versión no es robar, mentir o suplantar identidades. Es… no decir "te quiero" a tiempo.

—Christie, esto es… —busco una palabra amable— intenso.

—Es perfecto. Te pega.

—¿Te pega? ¿Por qué?

—Porque eres una persona que cuando siente algo lo sabotea.

Me quedo quieta. Me ha dado en el centro y ni se ha despeinado.

—Además —añade—, hay que meter un guiño para Joel.

—¿Un guiño?

—Sí. Una frase que solo él entienda.

—¿Como cuál?

Christie se ilumina.

—“No juegues con fuego, que te vas a quemar”.

Me atraganto.

—¿De dónde has sacado eso?

—Lo dijiste tú. En la pirámide. Y sonó… épico. Así que lo he puesto.

—No era épico. Era amenaza.

—Pues mejor —dice, encantada—. El público adora la amenaza con dramatismo.

Me masajeo las sienes.

—No puedo hacer esto.

—Sí puedes. Y lo harás —sentencia—. Porque si no lo haces, no diré nada. Y Joel se quedará para siempre con la idea de que yo era su amante.

—Christie, eso es cruel.

—La vida es cruel —responde, como si estuviera citando a Shakespeare—. Y tú eres un buen ejemplo.

Me mira y cambia el tono, más suave.

—Vamos, Andrea. Si Joel te importa un poco… hazlo.

No me gusta admitirlo, pero sí: me importa.

Y, de pronto, me doy cuenta de algo peor: me importa lo suficiente como para estar aquí, vestida de viuda alegre, ensayando un monólogo con una adolescente chantajista.

—Vale —digo, rendida—. Lo haré. Pero si me muero de vergüenza, me vuelves a enterrar tú.

Christie aplaude.

—¡Eso es espíritu!

—No. Eso es derrota.

—Lo mismo —responde, y me empuja hacia la puerta—. Vamos a ensayar al escenario.

Salimos.

Y yo solo puedo pensar:

«Si Gideon me viera ahora… se moriría de risa. Y, sinceramente, sería lo más cercano a una justicia poética que he visto en meses».

# Capítulo 24

El salón de actos del hotel está lleno. Lleno de personas huéspedes con camisetas de flores, de parejas bronceadas y de señoras con ganas de aplaudir cualquier cosa que no sea su marido roncando.

En la entrada hay un cartel que pone: NOCHE DE TALENTOS.

Yo lo miro y pienso: «Talentos, sí. El mío es meterme en problemas y luego decorarlos con purpurina».

Christie me empuja hacia backstage con la autoridad de una directora de Broadway en miniatura.

—Recuerda: vas a respirar. Vas a mirar al público. Vas a llorar en el segundo minuto. Y vas a decir la frase.

—¿Qué frase?

—La de "no juegues con fuego". La frase. La frase.

—Christie, sigo sin entender por qué tengo que hacer esto.

—Porque si no lo haces, yo no hablo. Y Joel seguirá siendo un "pederasta" en versión resort —susurra—. Anda, sube.

Me coloca una mano en la espalda y me lanza al escenario como quien arroja un jamón al foso de los leones.

El presentador anuncia mi nombre con entusiasmo:

—¡Con ustedes… Andrea!

Aplausos.

Aplausos reales.

Me quedo cegada por los focos y, por un instante, se me olvida respirar. El silencio del público pesa.

Miro hacia las primeras filas buscando una cara conocida.

Y entonces lo veo.

Joel está ahí.

De pie, al fondo, medio en sombra, con una expresión que no sé leer. No parece enfadado. Tampoco parece feliz. Parece… cansado. Como si llevara la misma semana que yo llevando el mundo a cuestas.

Trago saliva.

Empiezo el monólogo.

Al principio, la voz me tiembla. Luego encuentro el ritmo, como si el texto fuese una barandilla y yo me agarrara a ella para no caerme al vacío.

Hablo de una mujer que se creyó invencible. Que confundió orgullo con defensa. Que se equivocó… y se quedó sola.

Y, cuando llego a la parte "importante", cuando Christie desde un lateral me hace gestos como si estuviera guiando un avión, suelto:

—No juegues con fuego… que te vas a quemar.

Miro a Joel.

Él no se mueve. Pero algo en su cara cambia. Un milímetro. Lo suficiente.

El público aplaude con un "oooh" teatral, como si acabaran de ver una tragedia griega y no a una ladrona con vestido de viuda alegre.

Yo continúo. Me dejo llevar.

Y, al final, remato:

—Y si alguna vez te pierdes… recuerda: la vuelta atrás existe. Solo hay que atreverse a pagar el precio.

El silencio dura un segundo.

Luego estalla el aplauso.

Bajo del escenario con las piernas temblando y la garganta apretada, como si me hubiera desnudado delante de todo el hotel.

Christie me espera, eufórica.

—¡Lo has hecho increíble!

—He hecho el ridículo en un país extranjero. Si esto no es turismo cultural, no sé lo que es.

—¡Mira! —me señala.

Joel se acerca.

No corre. No sonríe. No viene a besarme como en las películas.

Viene despacio, como quien se acerca a una bomba sin saber si va a explotar.

Se planta delante de mí.

—Hola —dice.

—Hola —respondo.

Silencio.

Christie nos mira y, por una vez, hace algo inteligente: se esfuma.

Joel inspira.

—Christie me ha contado lo de la playa. Y lo de Deborah. Y lo de… la estupidez general.

—¿Ah, sí? —digo, tensa.

—Sí. Y también me ha contado que lo inventó.

—¿Y la crees?

—La creo. Porque he visto tu cara cuando te dijeron lo de Christie. Y porque… —hace una pausa— porque yo sé lo que es que te acusen de algo que no has hecho.

Me quedo quieta. La frase se me clava.

—Yo… lo siento —digo al fin, tragándome el orgullo con sabor a metal—. Me volví loca.

—Ya lo sé.

—¿Y el cheque? —pregunto, directa, porque mi corazón puede esperar pero mi libertad, no.

Joel me mira.

Y saca del bolsillo interior de su chaqueta un sobre.

—Lo tengo yo.

El mundo se me descoloca.

—¿Qué?

—Cuando volviste de la pensión, lo encontré en tu bolso. Ibas… —se muerde la lengua— ibas demasiado ocupada destruyendo tu vida como para darte cuenta.

—¡Joel, yo pensaba que…!

—Que te había robado. Sí. Lo entiendo.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Otra vez. Estoy en racha.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque necesitaba estar seguro de una cosa —dice, y me mira fijo —: de que querías arreglarlo. No solo salvarte.

Siento un golpe en el estómago.

—¿Y lo de Gabriel? —suelto, de repente, como quien dispara una bala para ver si el otro sangra.

Joel alza una ceja.

—¿Qué pasa con Gabriel?

—Que… —me atraganto— que me desperté con él.

Joel me mira durante un segundo eterno.

Y luego, contra todo pronóstico, se ríe.

—Andrea… no te lo tomes a mal, pero eres un desastre.

—Gracias.

—De nada —dice, y su voz se suaviza—. Ya hablaremos de eso. Ahora, vamos a hacer lo que vinimos a hacer.

—¿Devolver el cheque?

—Devolver el cheque.

Me ofrece la mano.

Y esta vez sí.

Esta vez se la cojo.

# Capítulo 25

Durante algunos segundos hago como si la cosa no fuese conmigo. Después de todo, soy Andrea Jenkins, no Julie Wellington… hasta que Christie me da un codazo y espeta:

—¡Es tu turno!

«¿Mi turno…?», pienso, quedándome estática, resistiéndome a la idea de salir ahí. Christie insiste con otro empujón.

—¡Despierta!

Como si acabase de regresar de un trance hipnótico, voy hasta la mesa supletoria donde esperan los "instrumentos musicales" y la arrastro hacia el escenario.

Los instrumentos en cuestión son: una copa de agua, una de vino, una de Jerez, otra de champán, otra de vermut, una de coñac, una de licor, un vaso de tubo y una jarra de cerveza… En resumen: si las copas tuviesen alcohol en lugar de agua… vale, lo confieso: no todas las copas tienen agua. Esto es el buffet libre perfecto para una alcohólica.

Sin más, avanzo y, en cuestión de segundos, estoy plantada en medio del escenario con mi mesa de copas musicales. Al verme, el presentador anuncia mi número y hace mutis por el foro:

—¡Julie Wellington y su famosa sinfonía musical de copas!

Temblorosa, paso la palma de la mano por encima de las copas e introduzco el índice en la más ancha: la de coñac. Mojo el dedo y acaricio el borde, haciéndola sonar. La vibración tiene un timbre parecido al de una ocarina. Simultáneamente, con la mano izquierda, hago cantar la copa de licor.

La melodía es absurdamente embriagadora.

Casi por arte de magia, suena algo parecido a música de verdad. Me crezco. Cambio de copa y hago sonar la de vermut.

La cara del público es un poema. Me miran como si me hubiese vuelto loca; como si, en lugar de estar haciendo música con copas, hubiese decidido hacer malabarismos con pelotas de ping pong en mi vagina y dispararlas cual acróbata vaginal. En fin. Elegancia. Muchísima.

Entonces, la conversación de una pareja en primera fila me desconcentra y cometo un fallo: escojo el vaso de tubo en vez de la jarra de cerveza.

—Pobrecilla… Lo de su marido la debe de haber trastornado —comenta ella. —No debe de ser fácil de digerir que tu marido te ponga los cuernos durante tu luna de miel —añade él. —Y menos con una menor —remata la mujer sentada a su lado. —¿Con una menor? —cuchichea la primera—. Eso no lo sabíamos…

De pronto, presa de una furia incontrolable, le doy un manotazo a las copas y las hago caer de la mesa. El estruendo es brutal. Caen y se hacen añicos ante la mirada atónita del público. Curiosamente, la única que queda en pie es la que rellené con vodka.

«¡Esto sí que es suerte!»

La cojo y me la bebo de un trago mientras la sala entera suelta un "¡ohhh!" que se propaga como una ola.

Un tanto abstraída, camino hasta el borde del escenario y observo al público. Me miran, preguntándose qué pasará a continuación. Yo me pregunto lo mismo.

Me dejo caer, con las piernas colgando desde el entarimado. A escasos centímetros hay un micrófono encajado en un resorte. Lo miro… y, sin pensarlo, lo cojo.

Lo sostengo entre las manos y, de repente, grito:

—Where have all the good men gone and where are all the gods?

Justo después pienso: «Buena pregunta, Bonnie Tyler. ¡¿Dónde narices se han metido los hombres buenos?!»

Sigo, como si realmente le estuviera exigiendo explicaciones al universo, al público y a Hércules en persona. Mi interpretación es completamente acústica, lo cual consigue que mi voz suene todavía más desgarrada. Me pongo en pie y continúo, dándole la espalda a la sala.

Y entonces, a través de los altavoces, empieza a sonar la canción.

Me vuelvo hacia el público, respiro y me lanzo. (Aquí, por supuesto, yo soy la heroína. Lo único que no tengo claro es si alguien va a venir a rescatarme… o a rematarme).

El público se pone en pie y empieza a aplaudir, completamente entregado. Debo reconocer que incluso a mí me sorprende este arranque artístico. Yo suelo ir a los karaokes por un motivo muy concreto: las copas están bien de precio. Pero, caray… jamás habría asegurado que tenía tanta técnica.

El público ha enloquecido. Cantan y bailan como no lo han hecho en ninguna de las actuaciones anteriores.

Mientras recorro el escenario de un lado a otro, de sopetón me asalta una idea:

«¿Ganaré este estúpido concurso?»

De repente es como si todas mis preocupaciones se hubiesen esfumado, como si lo único que importase fuese ganar.

«Sería lo primero que gano en toda mi vida.»

La canción se acerca al final y yo lo noto en el cuerpo, como si alguien hubiese subido el volumen de mi orgullo y de mi desesperación a la vez.

«Esto se acaba», pienso.

Remato el último estribillo con más garra de la que debería tener una mujer que acaba de destrozar un repertorio de copas.

Cuando la música termina, me siento orgullosa. Plena. Contentísima por haberlo hecho. Una extraña euforia me posee y me pongo en pie para recibir una ovación que me sabe a victoria.

Aplauden, silban, vitorean mi nombre.

El presentador sale por el costado izquierdo y yo abandono por el contrario, hacia las bambalinas. Mientras me marcho, le oigo decir:

—¡Julie Wellington, sí señor! ¡A eso le llamo yo una buena actuación! Los aplausos aún no han cesado. Está bien, está bien… calma; calma, porque aún nos queda una actuación. ¡Prepárense para recibir a la benjamina del concurso, Christie James!

Dejo la mesa con las copas rotas en una esquina y vuelvo al costado derecho del escenario para comprobar que Christie cumple su promesa.

Entonces, una voz de un viejo conocido a mi espalda me obliga a girarme en seco:

—¿Andabas buscando un héroe?

# Capítulo 26

Durante una fracción de segundo creo que es Joel; lo deseo. Pero no.

Es Gideon. El maldito Gideon.

Tiene la cara magullada, un ojo morado y esa mirada suya —la de "te voy a arruinar la vida con gusto"— aún más intensa.

—Tú… —digo, y no añado nada más.

Él sonríe como si le hubiera hecho gracia encontrarme.

—¿Acaso creías que te saldrías con la tuya? —No contesto, y eso lo enciende—. ¡Responde! —grita de repente, cogiéndome con fuerza del brazo.

—¡Au! Suéltame, me haces daño —intento zafarme.

—¡¿Dónde está mi dinero?! Ya me has causado demasiados problemas. Acabemos con esto cuanto antes.

Justo entonces pienso: «¿Dónde te has metido, Joel? Socorro». Y, como si el universo quisiera burlarse, oigo la voz de Christie en el escenario:

—…todo era una mentira. Lo siento mucho; siento haber causado tantos problemas. No estoy liada con Larry… lo siento.

—¡¿Estás aquí o qué?! —insiste Gideon, tirando de mí hacia la salida.

Respiro hondo. Pienso rápido.

—Está bien. Te daré tu dinero —improviso—. Está en mi bungalow. Espérame en la recepción y te traigo tu maldito cheque.

—De eso nada. Voy contigo. Esta vez no te vas a escapar.

—Vale. Sígueme.

Camino hacia el bungalow preguntándome qué demonios puedo hacer para salir viva de esto. No se me ocurre absolutamente nada. Al llegar a la puerta, lo asumo: este es el final. Todo lo anterior no ha servido de nada. Me denunciará y me pasaré el resto de mis días entre rejas por haber sido una estúpida.

Y entonces recuerdo a Gabriel.

Veo mi mano arrugando su número de teléfono como si estuviera ocurriendo ahora mismo.

«¡En el bolso!»

Abro con la tarjeta magnética.

—Adelante —digo, tragando saliva.

«¿Le confieso la verdad? ¿Le digo que el dinero lo tiene Gabriel?»

Dejo la tarjeta sobre la mesa y, al final, suelto la única frase que no me compromete del todo:

—El dinero no está aquí.

Gideon da dos pasos.

—¿Cómo has dicho?

Y me pega una bofetada. Tan fuerte que casi pierdo el equilibrio.

—Si me haces daño, nunca tendrás tu dinero.

—¿Dónde está, zorra?

—Lo tiene un amigo. Es mi seguro de vida. Si no le llamo a medianoche para confirmarle que estoy bien… se marchará de Belice con el dinero.

Gideon masculla algo entre dientes. Evalúa.

—Jodida… —aprisiona la rabia como puede—. Está bien. Esperaremos. Y entonces le dirás a tu amigo que traiga la pasta o te mato. ¿Entendido?

Saca un revólver pequeño del interior de su americana.

Lo veo y se me confirma el peor escenario: voy a morir. Y no voy a tener ni la mínima oportunidad de luchar. Voy a morir sin saber si he ganado el concurso de talentos; sin haberle dicho a Joel que le quiero de verdad… como no he querido a nadie.

Me acuerdo de mi madre y me debato: ¿la llamo para despedirme o llamo a Gabriel para intentar que no acabe peor?

Sé que localizarlo es una estupidez. Probablemente ese número sea falso. Y, si fue él quien se llevó el cheque, menos aún. Pero quizá —quizá— puedo convencerlo de que tener un millón de libras en un bolsillo en Belice es una idea de mierda. Podría incluso conducir a Gideon hasta él y que se apañen.

«Lo llevas claro, bonita», me anima la zorra interior.

Y, de pronto, pienso:

«Si tengo que morir, prefiero morir borracha».

—¿Una copa? —le digo, pillándolo desprevenido.

—¿Estás de broma?

—En absoluto. Aún faltan treinta minutos para llamar a mi contacto. ¿Qué tiene de malo beber mientras esperamos?

Gideon duda.

—Está bien. Ponme un güisqui. Pero nada de juegos. Te estoy vigilando, ¿entendido?

—Entendido, señor Pierce —digo con ese tono de secretaria obediente que tanto detesto… y que tan bien me sale.

Me acerco al minibar. Saco la botella de güisqui y, de repente, mi cabrona interior me susurra un consejo útil:

«Arréale con ella y lárgate corriendo».

«¡Aleluya!»

Cojo dos vasos, hielo y sirvo sendas copas.

Tenso, Gideon se acerca a la isleta de la cocina. Se sienta en un taburete. Deja la pistola sobre el mármol y da un sorbo. Yo lo imito: bebo y me siento frente a él, al otro lado de la isleta.

Nos miramos durante unos minutos sin pestañear.

Hasta que, incómodo —imagino—, baja la vista… y ve algo.

—¿Qué hace esto aquí? —pregunta, agitando la fotografía de Cecile.

—Es una fotografía —respondo, sin regalarle más información.

—¿De dónde la has sacado? —pregunta, volviendo a coger el arma.

—El otro día recordé que una vez me llamaste Cecile…

—¿Y? Puede que me equivocara. ¿Qué tiene eso que ver?

—No lo sé. Dímelo tú.

—¡Basta de juegos! —me encañona—. Dime qué sabes sobre Cecile o te vuelo los sesos.

—Aparte de lo evidente… poco más. Cecile y yo nos parecemos. Eso es lo único que sé.

Y no digo lo siguiente, aunque me queme la lengua:

«Y tú me contrataste por ello».

La expresión de su rostro cambia. De la furia a una tristeza vieja, áspera. Deja el revólver sobre la isleta para agarrar la foto con las dos manos, como si fuera lo único firme del mundo. La gira y lee la dedicatoria.

—¡Cabrón! —grita de pronto, arrugándola.

Ahí lo entiendo todo.

—Él te la arrebató… ¿verdad?

—Cecile era mi novia. Íbamos a casarnos… —hace una pausa y escupe la rabia—. Íbamos a casarnos y él me la robó.

—Lo siento —digo, y por una vez lo siento de verdad.

—¡Tú no entiendes nada! —se levanta, vuelve a coger el revólver—. "Lo siento, lo siento…" —se burla—. Tú, la buena y eficiente Andrea Jenkins… ¡Eres como todas! ¡Una zorra!

—Así que de eso se trataba —digo, con una lucidez que me sorprende —. Me tratabas mal porque te recordaba a ella. Mi presencia te molestaba… pero te gustaba tenerme cerca. ¿No es así?

—¡Calla!

—Cada vez que me gritabas, le gritabas a ella. Te gustaba hacerme llorar porque, de algún modo retorcido, te calmaba la sed de venganza. ¿Cierto?

—¡He dicho que te calles! —me encañona de nuevo.

Levanto el vaso con calma y me sirvo otra copa.

—Si me matas, te quedas sin tu doble barata de Cecile… y sin el dinero. Tú decides. A mí ya todo me da igual —me bebo un sorbo—. Qué maravilla poder hablarte de tú… ¿quieres otra?

Me siento desinhibida. Capaz de decir cualquier cosa. Tener el final tan cerca me ha dado una serenidad absurda. A la mierda los buenos modales.

Gideon vuelve a sentarse, abatido.

—Sí —responde.

Lo he tocado. Cecile es su talón de Aquiles. Y yo, cuando huelo sangre, sé morder.

—Así que ese Joel te levantó a tu chica…

—¡Joel es mi hermano! —escupe, dando un sorbo—. Mi hermano gemelo.

Me quedo helada.

—Qué cabrón… —hago una pausa, peligrosamente sincera—. Y ella, menuda…

—¡No! —me corta—. ¡Fue él quien la embaucó! ¡Me la robó él!

Se pone en pie, se aleja un par de pasos de la isleta, de espaldas, peleándose con sus propios demonios.

Y entonces veo mi oportunidad.

«Es el momento, Andrea».

Agarro el revólver. Pesa más de lo que esperaba. Es la primera vez que cojo uno: me tiemblan las manos. Rodeo la isleta en dos zancadas y, con la otra mano, me aferro a la botella de güisqui medio vacía.

Gideon se gira.

—¡Nooooo! —grita, adivinando mis intenciones.

Le asesto un golpe seco en la cabeza con la botella.

Cae como un saco de patatas.

Lo observo unos segundos, con el corazón en la garganta.

¿Lo he matado?

No quiero comprobarlo. No quiero saberlo.

Solo quiero que no se levante.

Decido atarlo “por si acaso”. Corro al dormitorio y rebusco sábanas en el armario. Al volver, sigue donde lo dejé. Arrastro una silla al centro del salón e intento sentarlo, pero pesa demasiado. Sola no puedo. Opto por maniatarlo en el suelo: le ato los pies con tiras de sábana.

Cuando voy a atarle las manos, llaman a la puerta.

—¡¿Quién es?! —grito. Y pienso: «¿Quién coño viene a molestar en un momento como este?».

—Servicio de habitaciones, señora —responde un hombre al otro lado.

—No he pedido nada. Márchese.

—Le traigo un telegrama urgente.

«¿Telegrama? ¿Será Joel? ¿Quién envía un telegrama hoy en día?»

Antes de abrir, escondo el revólver tras la isleta para que no se vea desde la entrada. Luego abro la puerta, ansiosa.

—¿Dónde está ese telegrama?

—Aquí —dice, sacando un arma de su americana—. ¡Andando o disparo!

Y yo, sin más, obedezco.

Entro.

De espaldas a mi verdugo, pienso:

«Ahora sí que estás muerta».

# Capítulo 27

Han pasado veinte minutos y Gideon continúa inconsciente, tendido en el suelo. Ahora la que está atada de pies y manos soy yo. El hombre misterioso de la pistola habla por el móvil en un español rápido que me cuesta seguir. Solo capto una palabra —pasta—, repetida una y otra vez, mientras nos lanza miradas furtivas.

«Joel, ¿dónde coño estás?», me pregunto, furiosa. No es posible que me haya dejado tirada. No así. No robándome el dinero y dejándome sola con este problemón.

El mafioso hispano encaja al milímetro con la descripción física que me dio mamá del falso agente de seguros: alto, fuerte, pelo rizado negro, ojos profundos e inquietantes y piel morena. Diez de diez.

Cuelga y vuelve hacia donde estamos Gideon y yo.

—¿Dónde está el dinero?

—Es… difícil asegurarlo —tartamudeo.

—Si no me dices dónde está el dinero, mataré a tu amigo —dice, apuntando con la pistola a Gideon.

De pronto recuerdo lo único que necesito: ganar tiempo.

—Como habrás deducido, mi "amigo" y yo no estamos en nuestro mejor momento. Si lo liquidas, no me quita el sueño… —digo, tragándome la culpa—. Pero si lo matas, jamás sabremos dónde está el dinero.

—¿Y eso por qué?

—Porque este cabrón me ha robado la pasta y la ha escondido.

—¿Y qué pintas tú en todo esto?

—Gideon es mi amante —me oigo decir, y alucino conmigo misma—. Bueno… era.

—Explícate —inquiere, cambiando el cañón hacia mí.

—Muy sencillo. Gideon era mi jefe y desde hace meses teníamos una aventura. Me explicó lo del dinero y me pidió que lo robara. Yo acepté porque… le quería. Después debíamos encontrarnos aquí, en Ambergris. Fingíamos que nos lo habían robado y desaparecíamos. —Trago saliva—. Está claro que esto no estaba previsto.

—Un plan absurdo —se ríe—. Pierce sabía que si no devolvía el dinero a mis jefes lo matarían. ¿Por qué arriesgarse a algo tan estúpido? Aquí no encaja algo…

«Qué listo el jodido mafioso», pienso, cociendo mi siguiente trola.

—A veces el amor complica las cosas —respondo, y en mi cabeza aparece Joel sin pedir permiso.

—¿Y qué pasó?

—Me traicionó.

—¿Otra mujer?

—Sí. Cecile —suelto sin pensarlo.

Y ahí me doy cuenta: cuando empiezas a mentir, es como una bola de nieve bajando ladera. Crece. Aplasta. Y tú vas corriendo detrás, intentando convencerte de que la controlas.

—¿Entonces esa Cecile es su socia? —pregunta, desorientado.

—Eso parece. Por eso le golpeé. Me dijo que Cecile tenía el dinero y que juntos huirían a la Patagonia.

—Así que esa mujer tiene el dinero… —murmura, pensativo.

Justo en ese instante, Gideon vuelve en sí.

—Despierta, cabrón —ordena nuestro captor, dándole una patada en las costillas.

«Al menos a mí aún no me ha pegado», pienso, como si esa fuera la definición de “tranquilidad”.

—¡Ay! —se queja Gideon, todavía con los pies atados—. Escobar…

—¿Escobar? —me sale en voz alta, por puro absurdo.

—Sí. Marcelo Escobar. ¿Y qué? —me fulmina con la mirada.

—Nada, nada… muy bonito —sonrío con cara de por favor, no me mates.

Escobar encaja el cañón cerca de la cara de Gideon.

—¿Dónde está el dinero, Pierce?

—Pregúntaselo a esta zorra. Ella lo tiene —escupe Gideon, mirándome con odio.

—Ella dice que el dinero lo tiene una tal Cecile —explica Escobar.

—¿Qué tiene que ver Cecile con todo esto? ¡Es mentira! ¡El dinero lo tiene ella!

Escobar me encañona.

—¿Eso es verdad?

—¡No! —digo, y de pronto lo entiendo todo con claridad quirúrgica—. ¡Él está mintiendo! ¡Nos ha mentido a ti y a mí! —Y me agarro a la última baza que me queda—. Si le crees a él, estás muerto. Si me crees a mí… quizá no.

Escobar duda.

—¡Mientes, zorra!

—¡Está bien! ¡Basta! —explota Escobar, harto de nuestras versiones.

Da media vuelta y se aleja hacia el salón para hacer otra llamada. Y entonces, Gideon aprovecha el despiste: se desata los pies. En silencio, recoge el frutero de mármol macizo de la mesa supletoria y lo vacía sin hacer ruido.

Escobar sigue hablando por teléfono. Gideon se gira hacia mí y susurra:

—No digas ni una palabra o…

No termina la frase. El dedo índice basta: si hablas, te rajo.

Me quedo callada y lo observo acercarse a Escobar por la espalda, frutero en mano, y me hago la única pregunta sensata:

«¿Cuál es el caballo ganador? ¿Por cuál de los dos apuesto para salir viva?».

Mis pensamientos corren a la velocidad de la luz. Si Gideon mata a Escobar, mala idea: me odia. ¿Quién me asegura que no me mata después? Y si Escobar elimina a Gideon… ¿qué me garantiza que no recibirá instrucciones para acabar conmigo en cuanto cobre? Ninguno de los dos garantiza mi seguridad.

Como siempre: me toca apañármelas sola.

Mientras Gideon alza el frutero para arrearle en la cabeza, yo estiro con fuerza las ataduras de mis muñecas. Solo consigo aflojar un poco el nudo. No lo suficiente.

Escobar esquiva el golpe y, rápido, saca la pistola. Gideon intenta apartarse, pero Escobar dispara. La bala pasa a centímetros de mí y se incrusta en la pared de la cocina, arrancando dos azulejos.

El terror me da una fuerza nueva. Estiro los brazos tanto como puedo e intento sacar la mano por el lazo. A la vez doy saltitos con la silla para alejarme de la trayectoria de futuros disparos.

Gideon logra golpear a Escobar: un derechazo seco. Escobar cae. La pistola se le escapa y se desliza unos dos metros hasta el centro del salón.

Gideon corre a por ella.

Escobar le agarra de las piernas y lo derriba. Gideon cae de barbilla contra el suelo y empieza a sangrar.

«¿Se habrá mordido la lengua?», pienso, casi con esperanza. Y, lo admito: ver cómo apalean al gilipollas de tu jefe tiene su puntito.

Escobar lo sujeta por el cinturón para impedir que llegue al arma. Avanza por encima de él, lo agarra por el cuello y trata de estrangularlo. Gideon, no sé cómo, consigue sacudírselo con un cabezazo. El combate se vuelve cara a cara, a muerte.

Yo doy saltitos con la silla, intentando quitarme de en medio del ring improvisado.

Gideon le mete un golpe seco en los testículos. Escobar se dobla… y cae sobre mí. Perdemos el equilibrio y rodamos. La silla se rompe.

Y entonces lo veo: ya no tengo los pies atados.

Repto como puedo hasta esconderme tras la isleta de la cocina. Abro cajones buscando un cuchillo para cortar las ataduras de las muñecas mientras, al otro lado, los dos hombres se encaran. Gideon tiene la pistola.

—Se acabó el juego, Escobar. Ahora el que manda soy yo.

—Por el momento… —responde el mafioso, casi en un susurro.

—Piénsalo fríamente. ¿Por qué querría joder yo a tus jefes? Nuestro trato era ventajoso: yo blanqueaba vuestro dinero a través de Burton Group y me quedaba una comisión. Nada más.

—Hasta que la codicia te cegó y quisiste jodernos.

—Eso no fue lo que pasó —dice Gideon, acercándose—.

—¿Y qué fue lo que pasó, entonces? —insiste Escobar, ansioso.

—¡Esa zorra me robó la pasta y se largó!

—¿Y qué haces tú aquí, Pierce?

—Recuperar el dinero para saldar mi deuda con vosotros. Por eso es absurdo que tú y yo peleemos. Yo quiero lo mismo que tú: recuperar el dinero y entregártelo. Pero esa maldita zorra lo ha jodido todo…

Corto por fin el lazo. Y, liberada, salto desde mi escondite con el revólver en las manos y la garganta en llamas.

—La maldita zorra tiene algo que decir: ¡tira el arma o te volaré los sesos, capullo!

# Capítulo 28

La tensión en la estancia se podría cortar con un serrucho. Por primera vez en horas, la ventaja es mía. Y eso, por lo visto, les sienta fatal a los dos.

Gideon ignora mi amenaza con esa soberbia de niño rico que confunde impunidad con inmortalidad, así que no me deja alternativa: disparo al aire. Un tiro de advertencia. El primero de mi vida.

El estampido me atraviesa el cuerpo.

Gideon, por fin, suelta la pistola.

—Ahora vais a hacer exactamente lo que yo diga —anuncio, intentando que no se me note el temblor. Si me tiembla el pulso, se acabó—. ¡Átale! —ordeno a Escobar—. Átale y tendrás tu dinero.

—No le hagas caso. Es una embustera —escupe Gideon.

—¡Cállate! —le apunto sin pestañear, aunque por dentro estoy rezando.

Pienso en lo mismo que llevo pensando desde que empezó este circo: maldito bungalow alejado. Si esto estuviera más cerca de recepción, alguien habría oído el disparo. Pero no: calma vacacional por todas partes… salvo aquí dentro.

Escobar traga saliva y asiente.

—Está bien. Haré lo que digas.

—Coge esas sábanas y átale a esa silla.

Me acerco despacio a la pistola de Gideon, la recojo y voy directa al teléfono sin perderlos de vista. Marco recepción.

En ese preciso instante, justo cuando Escobar se inclina para atar a Gideon, Gideon agarra un taburete y se lo estampa en la cabeza.

El golpe suena a madera y a cráneo.

Se me cae el auricular.

—¡No te muevas o te mato! —grito, apuntándole.

Gideon avanza despacio, con una calma que me hiela.

—No tienes suficientes agallas…

Y lo peor es que lo sabe. Me tiemblan las manos. Todo mi cuerpo me delata.

—¡Quieto!

Entonces, a campanazos, el reloj anuncia la medianoche.

El sonido me pilla desprevenida. Me sobresalto… y el revólver se me escapa. Cae al suelo y, al golpear, se dispara.

Me quedo sin aire.

Sin pensarlo, corro hacia la puerta corredera de la terraza. Solo tengo una idea en la cabeza: salir del bungalow. Agarro el arma como puedo y trato de abrir sin darles la espalda.

Detrás de mí, la pelea se vuelve salvaje. Gideon golpea a Escobar en las costillas mientras intenta alcanzar el revólver; Escobar le agarra del pelo y le revienta la cara a cabezazos con la parte trasera del cráneo. Es brutal. Sucio. De esos forcejeos donde no hay “buenos”, solo supervivientes.

De pronto, Escobar alcanza el arma.

Con un movimiento rápido, tras encajarle a Gideon un golpe en la mandíbula, gira el cuerpo por debajo de él y le apunta desde el suelo.

Parece que Escobar va a ganar, pero Gideon saca fuerzas de algún rincón oscuro y, forcejeando, consigue volver el arma contra él. Sus cuerpos se enredan de tal modo que ya no sé quién domina la pistola.

Por fin consigo deslizar la puerta. Entra la brisa marina, fría y absurda, como si el mundo no tuviera ni idea de lo que está pasando aquí.

Cuando estoy a punto de salir, el arma vuelve a dispararse.

Me giro.

Los dos quedan en el suelo, inmóviles.

Y entonces lo veo: uno de ellos sangra. La sangre se expande rápido, tiñendo el suelo de un magenta imposible.

—Pero… ¿quién? —susurro, sin darme cuenta de que lo digo en voz alta.

Una voz a mi espalda me clava al sitio.

—¿Qué está pasando aquí?

Me vuelvo.

—¡Tú! —me quedo casi sin aire.

Es Joel.

Durante una centésima de segundo miro de nuevo al suelo: hay movimiento, pero no consigo distinguir quién se mueve.

—¡Rápido, Joel, vámonos! —le agarro de la mano y tiro de él hacia fuera.

—Pero… —balbucea, desorientado.

—Ahora no. Sígueme. Tenemos que…

No termino la frase.

Un nuevo disparo rompe el aire.

La bala impacta contra la mampara corredera y el cristal estalla en mil esquirlas. Nos llueven encima. Algunas se clavan en la piel. El dolor es instantáneo, punzante, como mordiscos.

Me derrumbo y me hago un ovillo, llorando, con la certeza animal de que esto puede ser nuestro final.

—¡Vamos! ¡En pie! —ordena Escobar, revólver en mano—. Y tira esa pistola lejos. ¡Ya!

Su voz me da la respuesta: el que sangra es Gideon. Escobar está vivo. Magullado, sí, pero vivo. Y con el arma.

Obedezco. Lanzo la pistola hacia la playa, lo más lejos que puedo.

—Está bien… no nos hagas daño —digo, ayudando a Joel a levantarse.

Escobar mira a Joel como si acabara de aparecerle un fantasma.

—¡Qué demonios…! —escupe—. ¿Qué carajo está pasando?

—Es Joel —explico—. El hermano gemelo de Gideon.

—Así que Pierce tenía un gemelo… interesante —murmura, y nos empuja de vuelta al interior.

Y ahí está Gideon: tendido en un charco enorme.

—¡Dios, no…! —se me rompe la voz—. ¿Está…?

—Sí. Está muerto —dice Escobar, como si comentara el tiempo—. Y vosotros también lo estaréis si no me decís lo que quiero saber.

Joel se desploma junto al cuerpo.

—¡Gideon…! —solloza—. ¡No! ¡No! —le tiembla todo—. ¡No te mueras, hermano!

—Demasiado tarde —corta Escobar, impaciente—. No debió joderme. Ahora, ¿qué vais a hacer?

—Lo que tú digas —respondo, absolutamente sumisa.

—Bien. Así me gusta. Sentaos ahí. ¡Vamos! No tengo toda la noche. Esto ya me está cansando.

Nos señala las sillas del salón.

Minutos después vuelvo a estar atada. Esta vez, a mi derecha no está Gideon. Está Joel.

El cambio es enorme… aunque desde fuera quizá no lo parezca.

Aprovecho que Escobar vuelve a hablar por teléfono y le suelto a Joel en un susurro furioso:

—¿Dónde te habías metido?

Joel me mira con una crudeza que no le había visto antes.

—Tenía que darte una lección.

—¿Una lección? ¿A mí? ¿Por qué?

—Para que me valorases. Para que… de una vez por todas, te dieses cuenta de que me necesitas —se queda callado un segundo, como si le costara tragarse su propio orgullo—. Andrea… creo que te quiero.

Se me hace un nudo en el pecho.

—Eso no es verdad. Tú sigues queriendo a Cecile. Yo solo te gusto porque me parezco a ella.

Él se queda helado.

—Vi la fotografía —añado.

—Así que ya lo sabes… —murmura, y baja la mirada.

—Sí, lo sé. Y por eso es imposible que me quieras. Jamás podrás olvidarla. Y menos si yo me parezco tanto…

—Andrea, yo…

Escobar vuelve hacia nosotras y nos corta en seco:

—¿Dónde está el dinero?

—Lo tengo yo —responde Joel—. Está en el bolsillo de mi camisa. Cógelo tú mismo.

Escobar se acerca, mete la mano y saca el cheque. Lo mira con la avaricia tranquila de quien está acostumbrado a ganar.

Y al móvil, al otro lado de la línea, suelta:

—Lo tengo. Tengo el dinero.

Se aleja.

Nos quedamos en silencio unos minutos, escuchando nuestra respiración, el mar, el eco del desastre.

Yo rompo el hielo.

—Así que tú tenías el cheque… Yo pensé que…

—Que lo tenía tu amiguito.

—Sí.

—¿Pensaste que yo te lo había robado?

—No.

—¿Seguro?

—Solo un poquito —confieso—. Pero algo me decía que te volvería a ver. No sé por qué… algo me decía que lo nuestro aún no había acabado.

Joel me observa, serio.

—¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Volví para darte el gustazo.

—¿El gustazo?

—Sé de sobra que te gusta decir la última palabra. Y pensé que te daría el gustazo… antes de desaparecer para siempre.

Se me escapa una sonrisa pequeña, rara en mitad de todo esto.

—Me alegro de que lo hicieras —susurro—. Pero ahora tenemos que salir de aquí. Acércate… tengo un plan.

Y desplazo mi silla hacia la suya a base de pequeños saltitos.

# Capítulo 29

Me acerco a Joel con la silla a base de saltitos ridículos y, cuando por fin estamos lo bastante cerca, le susurro:

—Escúchame. Tenemos que salir de aquí ya.

—¿Cómo? —murmura él—. Estamos atados.

—Me he dado cuenta.

Joel me mira con esa expresión suya de "me estás dando miedo" que, en mi caso, suele significar que por fin he tenido una idea medio brillante.

—Necesito que confíes en mí —añado.

—En este punto… no tengo muchas opciones.

—Perfecto.

Escobar sigue al teléfono, de espaldas, hablando con alguien y repitiendo "sí, sí, lo tengo". Aprovecho ese margen.

—¿Ves la lámpara del salón? —señalo con la barbilla hacia un aplique metálico junto a la pared.

—Sí.

—Tiene cable.

—Sí.

—Pues lo quiero.

Joel abre los ojos.

—¿Para qué demonios quieres un cable?

—Para estrangular a alguien… o para desatarme. Aún no he decidido.

Él traga saliva.

—Andrea…

—Shhh. Concéntrate —le ordeno—. Te vas a caer hacia mí. Yo te empujo. Tú te deslizas hasta el suelo y ruedas. Hazlo como si fuera un accidente. Como si… no sé, como si fueras un hombre devastado por la muerte de su hermano. No te costará mucho.

Joel me mira como si estuviera decidiendo si reírse o llorar.

—Eres cruel.

—Eficaz.

—Vale —susurra—. Voy.

Se deja caer. Yo lo empujo con el hombro todo lo que puedo. Joel resbala de la silla y cae al suelo con un golpe sordo.

—¡Ay! —gime, convincente.

Escobar se gira.

—¿Qué pasa?

—Se ha caído —digo rápido—. Está en shock. Déjale.

Escobar bufando vuelve al teléfono, pero no nos quita ojo.

Joel, en el suelo, se arrastra hacia la pared como puede. Finge torpeza. Finge dolor. Pero avanza.

Consigue llegar a la lámpara y, con una maniobra lenta, tira del cable. El aplique se descuelga con un chirrido pequeño.

—¡Oye! —gruñe Escobar—. ¿Qué haces?

—Estoy… recogiendo… —jadea Joel.

Escobar lo mira con desprecio. El “gemelo rico” ya no impresiona a nadie cuando está tirado en el suelo como una alfombra cara.

Joel vuelve hacia mí con el cable arrastrando. Lo deja caer cerca de mis pies como quien lanza un anzuelo.

Yo, con manos atadas, no puedo cogerlo.

Perfecto.

—Acércalo más —susurro.

Joel lo empuja con el pie, milímetro a milímetro, hasta que el extremo roza mi tobillo.

Ahí sí.

Empiezo a frotar el cable contra el nudo que me ata los pies, como si fuera una sierra. Tarda. Me quemo la piel. Pero noto que el lazo cede.

Escobar se mueve.

—Ya está bien —cuelga el teléfono—. Vamos a hacer esto rápido.

Nos apunta con el arma.

—¿Dónde está el resto?

—¿El resto de qué? —pregunto.

—No te hagas la tonta. Un millón de libras en un cheque no es dinero útil aquí. Mis jefes no quieren un papel. Quieren efectivo. Quieren transferencia. Quieren garantías.

—No hay más —digo.

Escobar se ríe.

—Siempre hay más.

Se acerca a mí.

—Tú —me agarra de la barbilla—. Me vas a decir lo que sabes o te arranco los dientes uno a uno.

Noto cómo el pánico me trepa por la garganta, pero aprieto los dedos de los pies sobre el cable. Un poco más. Un poco más.

—No sé nada —respondo, firme.

—Mentira.

Joel se incorpora lo justo para hablar, con una calma rara.

—Escobar… si tus jefes quieren garantías, te las doy yo. Tengo cuentas. Tengo propiedades. Tengo contactos. Lo único que necesitas es… dejarla respirar.

Escobar lo mira, tentado.

—¿Y por qué iba a creerte a ti?

—Porque Gideon ha muerto —dice Joel, seco—. Y si yo muero también, tú te quedas con un problema. Si vivimos, tú cobras.

Escobar duda.

Yo sigo serrando el nudo.

Una fibra se rompe.

Otra.

Y entonces, por fin, siento que puedo separar un pie.

«Vamos».

Escobar se inclina hacia Joel, como si fuera a negociar de verdad.

—¿Qué me ofreces?

—Tiempo —dice Joel—. Y una salida limpia.

—¿Limpia?

—Limpia.

Aprovecho que ambos están centrados en su duelo de machos alfa y, con un tirón, libero el pie derecho. Luego el izquierdo.

Me quedo inmóvil. No me levanto. No corro. Solo… espero el segundo exacto.

Joel me mira. Un destello mínimo: ya.

Entonces me impulso hacia delante con la silla, como si fuera a caer. La lanzo contra Escobar con todo el peso.

La silla le golpea la rodilla.

Escobar pierde el equilibrio. El arma se le va a un lado.

Joel se abalanza.

Yo ruedo por el suelo hacia la pistola.

La cojo.

Me pongo en pie como puedo.

Y, por primera vez en toda la noche, mi voz no tiembla:

—Se acabó.

Escobar se queda quieto, con Joel encima, inmovilizándolo.

—Suelta el arma —le ordeno—. Ahora.

Escobar me mira.

Y sonríe.

—No tienes ni idea de dónde te has metido, Andrea.

—Puede —respondo—. Pero ahora tengo una pistola. Y tú, una rodilla rota.

Escobar escupe al suelo.

—Esto no termina aquí.

—Ya me lo imagino —digo, y aprieto el arma con más fuerza—. Pero sí termina hoy.

Y en ese instante, se oye un golpe en la puerta.

—¡Seguridad del hotel! —grita una voz.

Me quedo helada.

«Por fin…».

Pero entonces pienso otra cosa, mucho peor:

«¿Quién los ha llamado?».

¿FIN?

# Epílogo

Después de nuestra extraña luna de miel regresamos a Londres. Volvimos para interpretar el acto final de nuestra particular función. Tras lo sucedido en Belice fingimos como jamás lo habíamos hecho en la vida… y eso, en mi caso, es muchísimo teniendo en cuenta el dilatado historial de trolas que ya cargaba a la espalda.

Regresamos como secretaria y jefe; fingiendo ante todo el mundo en todo momento, ocultando nuestro romance a ojos ajenos.

Reconozco que aquello tuvo cierta gracia. Resultaba morboso escabullirse en horas de trabajo para que el jefe me pegase un repaso sobre la mesa. Hasta el momento, los repasos que me habían pegado dentro de un despacho no habían sido jamás tan placenteros, os lo aseguro.

Aquella dinámica laboral me enganchó enseguida. Acudir al despacho de Joel con cualquier pretexto se convirtió en una rutina de lo más adictiva: una, dos e incluso tres veces por día. Algo completamente exagerado. Jamás en la vida había gozado tanto del sexo.

Estaba claro: Joel era el hombre de mi vida.

Y así fue como, entre orgasmo y orgasmo, empecé a enamorarme de él de verdad. Suena mal, lo sé. Pero, a fin de cuentas, nos habíamos conocido follando; ¡perdón! Quería decir manteniendo relaciones sexuales. Es evidente que el sexo era un pilar importante en nuestra relación.

Descubrir que yo era clavadita a su difunta esposa —reconozco que me dio un poco de mal rollo, para qué voy a negarlo— no me gustó en absoluto. No quería ser la copia de otra mujer. Ni en la cama ni en lo referente al corazón. Yo quería ser Andrea Jenkins, única y exclusivamente. No la sustituta de Cecile. Después de todo, había jugado a ser Julie y la experiencia había sido devastadora. No quería

seguir fingiendo. Deseaba ser yo y ser querida por cómo era; no por cómo los demás deseaban que fuese.

Y sobre ello hablamos largo y tendido tras llegar de Belice.

Joel me explicó que, cuando me conoció en el aeropuerto, se quedó prendado de mi exagerado parecido con Cecile, y que por ello mantuvo sexo conmigo en el cuarto de baño. Pero después, durante el transcurso de nuestra alocada aventura, se enamoró de mí. Más tarde, entre bronca y bronca, algo hizo que le empezase a gustar.

—Tu locura; tu descaro… —dijo.

Y así, como quien no quiere la cosa, lo nuestro tiró adelante. Primero en Londres y después en Estados Unidos.

Tras concluir el paripé decidimos mudarnos para empezar de nuevo. Comenzar una nueva vida lejos de todos aquellos que podrían averiguar que Joel no era Gideon y que todo lo que habíamos explicado sobre lo sucedido no era más que una vil y elaborada mentira para encubrir la muerte de este.

Nuestra huida nos llevó a Fairfield, en el condado de Connecticut, a una hora de Nueva York. Allí encontramos una bonita casa neocolonial en la exclusiva urbanización Wisteria Lake. La casa era ideal y sus vistas, inmejorables. Detrás, a escasos doscientos metros de la linde del jardín, un precioso lago le daba color a la estampa que se veía desde la terraza del dormitorio principal.

La urbanización era la típica norteamericana. Para mí, una inglesa de pies a cabeza, aquello suponía un cambio radical: casitas blancas de dos alturas, jardines pulcramente cuidados, vecinas fisgonas a cada metro y un denominador común… Wisteria trepadora por todas partes —de ahí el nombre de la urbanización—. La flor violeta estaba presente en todos los porches y, hay que reconocerlo, le daba un toque pintoresco al lugar.

Y sin más, nos mudamos.

Y el tiempo pasó; pasó en un suspiro. Quince años, para ser exactos. Mi relación más larga hasta la fecha.

Y fui feliz. Feliz como no lo había sido en la vida.

Hasta aquella mañana.

Hasta la mañana en que todo cambió.

Hasta la mañana en que nuestra urbanización despertó con una noticia terrible. Un suceso terrorífico que lo cambiaría todo.

Ese día el amanecer no solo trajo débiles rayos de sol, no. Trajo la muerte.

Aquella mañana, la quietud del lago fue segada por el sonido atronador de un disparo.

El disparo procedía de la casa de al lado. La casa donde habitaba una famosa escritora.

Pero lo que definitivamente lo cambió todo fue aquella visita inesperada a media tarde.

La puerta sonó y yo corrí a abrir. Al hacerlo, me topé cara a cara con el sheriff Mathew.

—Buenas tardes, Andrea. ¿Está Gideon aquí?

—Estoy aquí —contestó acercándose a nosotros—. ¿Qué sucede?

Al verle, el sheriff sacó las esposas.

—Lo siento, amigo. Tengo que detenerte —dijo, apesadumbrado, mientras se las ponía.

—¡¿Por qué?! —pregunté al borde del ataque de nervios.

—Quedas detenido por el asesinato de Marion Klein.